DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCION PÚBLICA

DE DON CAYETANO FERNÁNDEZ,

EL DIA 16 DE ABRIL DE 1871.



MADRID,
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
calle del Duque de Osuna, número 3.
1871.

DISCURSO

DE

DON CAYETANO FERNÁNDEZ.

Señores:

Con razon se ha dicho que estas solemnidades son solemnidades de muerte. Por grandes que fueren sus merecimientos, no os es dado, no, levantar á persona alguna á la honra de ocupar una de estas envidiadas sillas, sin que ántes hayáis tenido que acompañar al sepulcro un cadáver querido. Ved por qué, en semejantes casos, la presencia del que viene despierta al punto el recuerdo del que desapareció; y en seguida, y como para hallar consuelo, pasamos naturalmente á la comparacion entre lo que se ha perdido y lo que viene á reparar la dolorosa pérdida: comparacion, Señores, que está pesando ahora sobre mí como una montaña de plomo. Porque ¿quién era el Excmo. Señor Don Ventura de la Vega, á quien lloráis aún, y quién soy yo, que tengo la fortuna de sucederle? Él, escritor gallardo, floridísimo ingenio, fecundo en la inspiracion y clásico en las formas entre los más brillantes de nuestro tiempo. Yo..... coplero humilde, gracias si tengo ingenio para recordar el suyo con entusiasmo. Él, uno de los hombres más aplaudidos, más amados, más requeridos del mundo y de vuestra sociedad, que arrojaba sobre su cabeza coronas á millares. Yo..... si soy conocido, si se me nombra en algun paraje, no es ciertamente donde los aplausos atruenan,

y regocijan los vítores; mas allí (1) donde el silencio es la alabanza, el sufrimiento es la gloria, y donde las coronas no deslumbran á nadie, porque son coronas de espinas. Él supo conquistarse puesto luminoso en lo porvenir, y su nombre durará lo que *El Hombre de mundo*, *La muerte de César*, y muchas de sus poesías líricas, obras destinadas á la inmortalidad. Yo..... nada tengo hoy que legar á lo futuro, y mucho desconfío de tenerlo mañana, á pesar de mis tenaces esfuerzos, recordando con oportunidad este donaire de un crítico :

Que, si eres piedra en lo duro,
Aunque te lances con bríos,
No dejarás en los aires
Ni señal de tu camino.

Luego son dos, si no me engaño, las cosas que hay que deplorar aquí: la ausencia del que no tornará, y la presencia mia..... ¡Ah, Señores Académicos! no soy responsable de ninguna de ellas. La primera la ha hecho Dios; la segunda la habéis hecho vosotros. ¿Seré yo quien deba contradecir y oponerme á vuestra obra? El heroísmo no es, por lo comun, un deber que se impone á nadie. Y, si es verdad que las honras no merecidas gravan y hasta remuerden en lo interior al que las detenta, yo he querido más bien sufrir este secreto martirio, que demostrar que el fallo de la Academia no era justo, ó que se había engañado tristemente en mi eleccion. Pero ¿qué digo, Señores? No: la Academia no se engaña, la Academia no se equivoca, ni de ligero partir pudo nunca en negocio de este tamaño. Es que ella ha visto en mí una cosa, ha considerado en mí una circunstancia, que me enaltece, que me sublima, que me transfigura á sus ojos, porque la guarda en sus recuer-

(1) Se alude á la vida religiosa.

dos, porque la conserva entre sus glorias, y áun me atrevo á decir que la echabais de ménos entre vosotros : es, Señores, este traje; este traje que visto, que con tanta honra llevaron Calderon, y Lope, y Herrera, y Rioja, y Rodrigo Caro, y Lista, y Bálmes, y Nicasio Gallego, y tantos y tantos otros, que sería en extremo difícil enumerar, que en todos tiempos han sido gloria de las letras españolas. Y ante esta circunstancia, os habéis revestido de benignidad tan discreta, de indulgencia tan justificada para con mi insignificante persona, que os han hecho, en concepto de muchos, hasta dignos de aplauso en mi llamamiento. ¡Oh! no diréis que no he adivinado perfectamente vuestros designios. Permitidme, pues, que os dé las gracias, Señores Académicos; y os las doy de todo mi corazon, y con la sinceridad propia de unos labios consagrados por la divina palabra.

Y esta actitud humilde, en que me presento hoy á vosotros, no es, no, por manera alguna, artificiosa. Hombre soy, y como, de lo que es propio del hombre, nada está léjos de mí, suponer debéis que me cuesta gran trabajo y mucha pena publicar cuán poco soy entre los que valen tanto, y confesar que debo puramente á la indulgencia lo que otros tienen por galardon de la justicia. Verdad, que raro fuera hallar discurso de este género en el que protestas análogas, y áun más calificadas, no hayan tenido su lugar muy preferente; pero de esta pena ¡se han desquitado tan bien sus autores con unos discursos tan llenos de sabiduría, tan subidos de interes, tan ricos de belleza!..... Han mostrado así que tenían excelente corazon y privilegiado entendimiento. Yo, señores, no puedo alcanzar ni este consuelo; porque (dígolo así como lo conozco y lo siento) si lo que voy á leer en este acto solemnísimo merece, por dicha, la aprobacion de todos y la complacencia de muchos, es á la

materia, no al artífice; á la doctrina, no al maestro, á quien hay que atribuirlo en puridad. Porque ¿quién, que sea católico, y español por añadidura, permanecerá extraño, indiferente, al ver á la poesía cristiana, desdeñada un tiempo, escarnecida otro, salir triunfante de las censuras y de los desprecios, resistir las comparaciones más arriesgadas, y ostentarse por cima de todas las literaturas, en la cumbre del humano ingenio, única poseedora de la verdad, depositaria fiel de lo bueno y manantial inagotable de lo bello; pensando divinamente, sintiendo divinamente y hablando como ha hablado tantas veces la misma Divinidad? Pues hé aquí, Señores, mi asunto, que, á fin de que abarcarse pueda de una sola ojeada, condensaré en esta breve síntesis, muy en armonía con el lema y objeto de nuestra Academia: *La verdad divina da eminente esplendor á la palabra humana.* Y ahora, Señores Académicos, dejadme proceder con la ilusion de que lo simpático del asunto no os permitirá fijaros en lo incorrecto y desabrido de las formas.

Lo que se ha escrito hasta ahora, comparando la poesía cristiana con la no cristiana, dista, en mi juicio, de ser completo y en manera alguna satisfactorio. Hanse dicho, por lo comun, generalidades y pronunciado aseveraciones absolutas, que tan peligrosas son en lo que es de suyo variado y muy complejo. Y ésta es, sin duda, la causa de que en todo lo que sobre la materia he logrado haber á las manos y leído con avidez, me ha parecido encontrar error unas veces, confusion otras, y siempre exageraciones, que hacen tambien daño grande á la verdad. Para Boileau la poesía cristiana es imposible (1); para Chateaubriand es sólo tan bella como la mejor (2), y para el abate Gaume debe anatemati-

(1) *Art. Poét.*
(2) *Gén. du Christ.*

zarse cualquiera otra (1). Yo, Señores, en presencia de tal desconcierto de pareceres, que respectivamente conceden nada, algo y más que todo en la cuestion, tengo necesidad de abrirme paso, fijando ideas, definiendo voces, sentando principios, á favor de los cuales sea luégo fácil confutar la primera, corregir la segunda y poner justos límites á la tercera de aquellas opiniones.

Dos palabras, pues, sobre lo que entiendo por belleza, arte, inspiracion, ingenio, y para bien declarar estos dos términos, que han de contraponerse á menudo en todo el curso de mi trabajo: *poesía cristiana*, *poesía pagana*.

Dios, que es la infinita hermosura, pero que es tambien la infinita bondad, permite que la luz de su rostro, soberanamente bello, reverbere en las inteligencias, en nuestro corazon y hasta en el mundo físico; es decir, en el cielo, en la tierra y en el hombre, que es todo lo que Dios ha hecho. Por eso á estas cosas Él mismo llamó bellas desde el principio, como espejos que son de su increada belleza. *Vidit Deus cuncta quæ fecerat, et erant valdè bona* (2). De aquí la tan sabida division, que hacen algunos autores (3), en belleza intelectual, belleza moral y belleza física, segun que el encanto estético resulta de la conformidad de las ideas con la verdad, ó de la conformidad de lo que es con lo que debe ser, ó del espectáculo magnífico de la naturaleza. (NOTA I.)

Ahora bien; cuando un sér, por privilegio raro, descubre con singular luz esas bellezas, tiene, digámoslo así, intuicion de alguna ó de todas ellas en medida superior, extraordinaria, muy por cima de como la alcanza el comun de los mortales, y se extasía al contemplarlas, dilatando in-

(1) *Ver Rongeur.*
(2) *Gen.*, I., 31.
(3) LISTA, *Ensay. Liter.*, I.

mensamente las propias facultades, exaltadas con la celestial vision; y al punto, como quien ansía libertarse de un gran peso, busca en alguna manera de expresion el desahogo de tan divino entusiasmo; esto, esto es lo que constituye el alma del poeta; esto es el *ingenium..... mens divinior..... acer spiritus ac vis* (1).

Proceder luégo á sacar del variado y rico cuadro de la creacion tipos, símiles, imágenes, colores; y del lenguaje galas, cadencias y armonías, haciendo ver y sentir y admirar á otros, con tan eficaces medios, todo lo que el genio ha visto, sentido y admirado con anterioridad; esto, esto es lo que constituye propiamente la forma, que es tambien una belleza, pero belleza creada, la belleza artística, el arte:

Descriptas servare vices operumque colores
. . . .
Post effert animi motus interprete linguâ (2).

Finalmente, aquellas bellezas típicas, reflejos de Dios, que es la belleza esencial, y esta otra especie de belleza creada que realiza el hombre, la belleza artística, ¿han de ir siempre, por naturaleza, unidas, ó es, cuando ménos, posible su divorcio, dándolo todo á la idea, como quieren unos; dándolo todo á la forma, como quieren otros? Yo sostengo, Señores, que Dios abomina hondamente esta separacion. Porque Dios ha ordenado todo lo que es bello en el mundo para expresion y humano ornamento de la verdad, inefablemente bella. *Pulchrum splendor veri.* Y hasta su mismo Verbo, con sus infinitas magnificencias, es, dice San Pablo, *splendor gloriæ et figura substantiæ ejus;* el esplendor de su gloria y la expresion de su infinita esencia. Dadme, pues, el órden, dadme el mundo como Dios lo quiere, como

(1) Horat., *Sat.* I, IV.
(2) Horat., *Epist. ad Pisones.*

Dios lo hizo, ó como el cristianismo lo regenera, y yo os presentaré siempre al artista universal, que es el poeta, cumpliendo sin alteracion los fines de su altísimo encargo, revelando todas las fuerzas de la inteligencia y todo el calor del sentimiento; animando la religion, las ideas, las pasiones, los sucesos, la naturaleza, la sociedad; encantándolo todo, sublimándolo todo con el destello de la hermosura ideal, que arrebatado contempla; ó, para decirlo con más exactitud, dando terrestre esplendor á la belleza típica, por medio del arte, en beneficio de los que no la alcanzan, como prisma que convierte en humanos colores los divinos rayos del sol que le ilumina. Y en este caso, Señores, sus obras, las obras del poeta, serían siempre la poesía cristiana.

El mal, empero, cosa que Dios no ha hecho, inundó bien pronto la tierra; y sus negros vapores, como en humareda densísima, han nublado la verdad en los entendimientos y llevado la peste al corazon; y, si no logra afear y ennegrecer cuánto hay hermoso y sublime en la obra divina, esfuérzase en cautivar de ella todo lo que puede, haciéndolo servir, cuando ménos, á la vanidad. Y hé aquí cómo ha habido y hay poetas que cantan lo que creen, pero creen y cantan el error; que cantan lo que sienten, pero sienten y cantan el vicio; que cantan la naturaleza, pero, olvidando al divino Autor, no llevan sus encantos al sapientísimo fin que Aquél les puso. *Decipimur specie recti*, decía Horacio, confesando harto posible el desacuerdo entre la belleza esencial y el arte. Y no se nos arguya con que esos cantores no son verdaderos poetas, y sus cantos no son verdadera poesía. ¡Oh! Quien tal creyere, sepa que borra de un solo rasgo los nombres más esclarecidos de los anales literarios, obligándose á arrojar al fuego sus más amados volúmenes. Pero no: el mundo entero aplaude á los unos y guardará eternamente los otros; porque, al cabo, no fué poderoso el mal,

en la primera ruina, lo bastante á cegar los ojos del humano ingenio respecto de todo linaje de esencial belleza; y el arte, ademas, la belleza artística, ha hecho en manos del hombre prodigios, que honrarán por siempre á nuestra naturaleza. Llamémoslos, pues, poetas, y á sus obras llamémoslas tambien poesía: pero, mirando al rigor de los principios, no olvidando la esencia de las cosas, para darles el nombre que les cuadra, ¿llamarémos á esta última..... poesía espúrea?..... ¿poesía bastarda? no; poesía pagana: así, de este modo la distinguirémos, con cierta propiedad, en adelante.

Ya con estos precedentes, que son, dicho sea de paso, mi profesion de fe literaria; sabiendo en qué y por qué y de cuántos modos puede ser bella una ú otra poesía, nos es dado fijar en concreto nuestras aserciones, abandonando, por decirlo así, algun terreno dudoso para quedar en posicion inexpugnable; concediendo lo que pudiera ser discutible, para defender mejor lo que nadie debe disputarnos. Ya no puede intimidarnos, en nuestra comparativa tarea, el recuerdo inevitable de tantos y tantos autores de la gentilidad antigua y de la impiedad moderna, cuyo solo nombre lleva consigo grande y ruidosa celebridad. Nosotros desde ahora decimos : Enhorabuena : el ingenio es dón puramente natural, que Dios otorga sin distincion á los hombres, como hace nacer el sol para alumbrar á justos é injustos. Ni nos espanta, por cierto, el largo índice de las bellas obras del paganismo, con toda su regularidad, con toda su perfeccion, con todo su atildamiento. Norabuena, decimos tambien : ya sabemos lo que hacer pueden por medio del arte, el genio, el entusiasmo y el estudio; no negamos al paganismo lo que en justicia le corresponde : la belleza artística. Y en vano se opondrán textos, y se registrarán pasajes, en los que la misma naturaleza se reconoce vencida,

sobrepujada, idealizada, en descripciones soberbias, en cuadros magníficos, que, sin tener nada cristiano, no obstante pasan por bellos de una en otra generacion: hemos confesado que la belleza sensible, como el ingenio, como el arte, como todo lo puramente natural, es, ha sido y tendrá que ser accesible al hombre de todos los tiempos y de todas las creencias.

Tres grandes cosas quedarán siempre—y estamos ya en nuestro terreno firme—en las cuales la poesía cristiana es superior á todas, y única: que posee exclusivamente la belleza intelectual; que ostenta en grado altísimo la belleza moral, y que hace el uso providencial de la belleza física; miéntras que la poesía pagana desconoce por completo la primera belleza, ofende casi siempre á la segunda, y emplea vana ó torpemente la tercera.

Hacer ver ahora, Señores Académicos, la superioridad de la poesía cristiana bajo los tres indicados conceptos de la belleza intelectual, moral y física, sería mi gusto, y, en todo rigor, la única manera de obtener en el asunto demostracion cumplida. Conozco, empero, que el vastísimo plan alarma desde luégo, y con razon, á vuestra paciencia, que, de cierto, no viene preparada á oir la lectura de un libro, sino un pobre discurso de regulares proporciones. Por lo que, dejando para el libro, que en silencio aguardará su hora, los dos aspectos últimos de mi indicacion, he de concretarme aquí al primero, al de la belleza intelectual, más arduo por lo que tiene de absoluto, más importante por lo que de trascendental encierra. Así y todo, como que la belleza no es más que una, y despues de todas nuestras definiciones y subdivisiones, ella es la verdad, y verdad divina, la cual tiene poder omnímodo de levantar el arte, ó sea la palabra del hombre, hasta lo sumo, el término de nuestro trabajo será siempre justificacion de lo que asentado hemos

desde el principio: que la verdad divina da eminente esplendor á la palabra humana.

Dios, Señores, es el primer poeta, y su primer cántico es el Verbo, por quien todo ha sido hecho. Paréceme no es posible colocar en mayores honras la alcurnia de los ingenios. Mas ni es preciso ir tan alto á buscar el apoyo de nuestro razonamiento. Abramos la Biblia, que es el segundo poema de Dios, como que es el verbo del Verbo y, por lo mismo, *plenum gratiæ et veritatis*, tambien lleno de belleza y de bondad. Abramos la Biblia, que es el gran libro cristiano; interroguémosle por el Dios que canta nuestra poesía, y responderá sencillamente: *Él es el que es.* Y no preguntéis más. Con esta sola frase, el más grande de los historiadores y el más sublime de los poetas, Moises, nos ha dado la solucion de todos los problemas que agitan al espíritu humano: lo infinito, lo finito, y las relaciones de lo infinito con lo finito. Ya no tenemos que entrar en averiguaciones sobre la antigüedad de ese Dios: *Él es*, y esto es su tiempo, la eternidad; ni respecto de su morada: *Él es en sí*, y esto es su espacio, la inmensidad; ni en lo que toca á su movimiento: *Él es*, y esto es su historia, la inmutabilidad. Todo lo que no es *Él*, lo infinito, ya sabemos que es lo finito, que vive un instante, que habita un punto, que se apaga con un soplo. ¡Qué grande, qué excelsa es la gloria del Dios de la poesía cristiana! Gloria llena de misterio y de infinito; y el misterio y lo infinito es, en algun modo, á la belleza intelectual lo que el tipo ideal es á la belleza física. Gloria, en fin, que permite á ese Dios usar para con los hombres de un lenguaje en todo extremo magnífico y conmovedor. Por eso pudo, aludiendo á su eternidad, decir á Job, en el libro más poético que han leído ojos humanos:

4. Dime, ¿dónde estabas cuando yo echaba los cimientos de la tierra? Dímelo, ya que tanto sabes.

5. ¿Sabes tú quién tiró sus medidas? ó ¿quién extendió sobre ella la primera cuerda?

6. ¿Qué apoyo, di, tienen sus basas? ó ¿quién asentó su piedra angular,

7. Cuando me alababan los nacientes astros y prorrumpían en voees de júbilo todos los ángeles ó hijos de Dios? (1).

Él es inmenso tambien, y la idea de la inmensidad de Dios pesa sobre David como el océano. Encuéntralo en todas partes: en el cielo, en el mar, en los abismos. Oid, oid al rey de los líricos, que rodeado de esos manantiales de altísima poesía, y estremeciéndose en sus manos el arpa divina, arrebata nuestro espíritu, hiere profundamente la imaginacion, al traducirnos el asombro que esa inmensidad le causa, valiéndose de la misma inmensidad de la naturaleza.

7. ¿Adonde iré yo, que me aleje de tu espíritu? Y ¿adónde huiré, que me aparte de tu preseneia?

8. Si subo al cielo, allí estás tú; si bajo al abismo, allí te eneuentro.

9. Si, al rayar el alba, me pusiere alas, y fuere á posar en el último extremo del mar,

10. Allá igualmente me eonducirá tu mano, y me hallaré bajo el poder de tu diestra (2).

Pero el Dios de la poesía cristiana es inmutable ademas; es decir, que, miéntras aquí abajo todo se desliza y pasa, y el hombre, y sus obras, y la naturaleza entera, no son más que nacimiento, sucesion, desmayo y muerte, Dios, en medio de este flujo y reflujo eterno de las cosas, ofrece á nuestra alma el espectáculo sublime de un reposo inalterable, mas sin oposicion á su infinita actividad. ¡Un sér permaneciendo inmóvil á vista del universo, que sin cesar se desmorona y renace; sér inmortal, entre infinitas sombras, que

(1) Cap. XXXVIII.
(2) Psalm. CXXXVIII.

huyen y desaparecen!..... ¡Oh, esto es, á no dudarlo, el ideal de la poesía! Por lo que, al venir á la expresion humana, á los labios del hombre, no ha podido ménos de producir una belleza de tan alto timbre, que no tendrá acaso semejante. Oidla en este pasaje del mismo rey poeta:

26. .... *opera manuum tuarum sunt cœli.*
27. *Ipsi peribunt, tu autem permanes: et omnes sicut vestimentum veterascent. Et sicut opertorium mutabis eos, et mutabuntur:*
28. *Tu autem idem ipse es, et anni tui non deficient* (1).

Los cielos, dice, perecerán; ¡los cielos, Señores! lo más grande y asombroso de cuanto existe; pero tú, añade, eres inmutable: ellos vendrán á gastarse como un vestido; y los mudarás como quien muda una capa, y quedarán mudados. Mas tú eres siempre el mismo: tus años no tendrán fin.

Bellezas de este linaje no se encuentran, ni hallarse pueden, sino en la poesía que recibe su esplendor de la divina verdad. Homero, Virgilio, Horacio, Píndaro y todos los grandes poetas de las edades antiguas, ¿qué belleza intelectual semejante podían ofrecernos, con unos dioses como Pálas, como Júpiter, como Apolo? No busquéis en ellos la eternidad; porque ha habido un momento en que pudo decirse que no eran; y en verdad que el orígen ó aparicion de algunos es más á propósito para excitar la risa que para inspirar conceptos dignos de los inmortales. La inmensidad no les pertenece; y sería por demas comprometido querer sacarlos de sus selvas, de sus rios, de sus bosques, de su Olimpo, donde exclusivamente imperan, como si dijéramos, en su respectivo territorio. Por lo que á inmutabilidad respecta, los dioses de Grecia y Roma no la quieren; la abominan y protestan contra ella en la historia, harto dramática, de sus

(1) Psalm. CI.

aventuras, de sus devaneos y de sus escándalos. Y omitimos, en gracia de la dignidad del hombre, hacer mencion del cocodrilo, del puerro, de la cebolla, y de tantos otros dioses como criaba el Egipto en sus huertos. No hay que extrañar, pues, que la poesía cristiana, llena de filosofía, de elevacion, de verdad, al considerar á Dios en sí mismo, eclipse con su esplendor, su pompa y su belleza á cuanto en lo antiguo se inspiró en otras ideas y en otras creencias falsas, extravagantes, absurdas.

Pero consideremos tambien al gran Jehovah de la Biblia en sus obras *ad extra*, como gráficamente dicen los teólogos; esto es, obrando al exterior, ostensiblemente, en sus relaciones con lo finito. Y limitándonos á aquel divino atributo, que más que ningun otro se presta á producir lo sublime en el arte, oigamos con qué augusta sencillez, con qué fuerza de verdad nos canta la sagrada lira el primer acto de la omnipotencia en la creacion del mundo, que es la gran maravilla de la diestra del Altísimo.

Por de contado, Señores, y es buen preludio anticiparlo aquí, no hubo jamas ocasion ni punto en que tanto hayan delirado los hombres como al imaginar el primitivo orígen de las cosas. Así, cuando se nos dice que un secreto soplo, no se sabe de quién, hizo brotar del mugiente cáos al universo entero, como creía la Fenicia; cuando descubrimos al Brahma de los Indios, su gran potencia creadora, saliendo de las entrañas de un huevo, y formar con las dos mitades el cielo y la tierra; ó al gigante primordial de los Eddas del Norte, cuya sangre vino á ser el océano, su carne la tierra, sus huesos las rocas, su cabellera los bosques y las plantas, etc., etc.; cuando vemos ya en las producciones de un gran pueblo, en los *Metamorfóseos* de Ovidio, despues de la soberbia descripcion del original desórden, atribuirse miserablemente la edificacion de la asombrosa fábrica á un sér

desconocido, *Quisquis fuit ille deorum;* cuando recorremos, en fin, sin exceptuar una sola, las diversas teogonías de los antiguos poetas, obligados nos vemos, con muy fundado desden, á exclamar á una voz, con cierto sabio de nuestros dias: *¡Cuentos de niños!;* que así es como en literatura calificamos á lo que no es sino mezcla de lo extravagante, divertido y absurdo. ¡Tan léjos está de aquellos ingenios la verdad, y, por lo mismo, tan ajena de sus obras la belleza intelectual, primera de las bellezas!

No sucede así con el Dios que cantan los poetas cristianos. Él no necesita más que pronunciar una palabra, y la nada se convierte en mundos, y los mundos se pueblan de seres innumerables. *Fiat lux*, dice, y la luz fué hecha. ¡Oh, cómo sacia esta belleza al entendimiento, y cómo trasciende su encanto al corazon! Diríase acaso que, para historiar ese momento, en que del seno mismo de las tinieblas brotó la luz, embelleciendo con los colores, de que es madre, á la naturaleza, y sacando otra vez al mundo de la nada, puesto que lo sacaba de la oscuridad, debería haberse extremado el ingenio y agotado las figuras, las imágenes, los adornos de todo género; que así obran siempre, en ocasiones análogas, los autores paganos, teniendo que suplir con la abundancia del arte el ominoso desierto de sus ideas. Pero Moises, que tiene la vision clara de la Divinidad; Moises, que penetra en los arcanos de aquel poder y de aquella sabiduría eterna, que, como jugando, han hecho todas las cosas, *ludens in orbe terrarum* (1), Moises no podía emplear más que una palabra para historiar lo que no había costado más que una palabra: *Fiat lux, et facta est lux.* Y esto señala una diferencia entre los santos libros históricos, cuyo único objeto es enseñar, y los proféticos, cuyo principal fin es el mover. Moi-

(1) *Prov.*, 8, XXXI.

ses, que ni como historiador deja de ser un gran poeta, se expresa con una majestad y una sencillez que asombran, porque así es como se enseña. Job y todos los demas profetas han brillado con el lujo y riqueza de las imágenes, porque así es como se mueve. Moises condensa la historia de la creacion en estas palabras: *In principio creavit Deus cœlum et terram;* miéntras que David, contemplando embebecido la aparicion ordenada y sucesiva de la naturaleza, y ansioso de llevar al Criador bendiciones y alabanzas, nos hace en todo el salmo CIII una pintura tan llena de verdad como rica de pompa y de magnificencia, segun puede traslucirse algo todavía en este trozo de mi desmayada version:

1. ¡Oh cuán engrandecido
Yo te encuentro, mi Dios, en la creacion!
De gloria y majestad te ves henchido.
2. Cubierto de la luz cual de un vestido,
Los cielos extendiste en pabellon.
3. Poblado has sus alturas
Con aguas, y las nubes
Son el carro en que subes,
Y en alas de los vientos te apresuras.
4. A tus ángeles haces
Como el viento fugaces;
Y como activo fuego
A tus ministros, que te sirven luégo.
5. La tierra cimentaste
Sobre su propia basa, tan potente,
Que no se ha de inclinar eternamente.
6. Cual velo, los abismos
De las aguas cubríanla en redor:
Sobre los montes mismos
Alzaban su oleaje bramador.
7. Y al increparlas Tú, precipitadas,
En fuga se despeñan,
Á la voz de tu trueno amedrentadas.
8. Y van formando montes,
O ya valles profundos,
Hasta hundirse en sus senos infecundos.
9. Tu mano las encierra
Con límites que no traspasarán;
Para inundar la tierra
Jamas se tornarán. (NOTA II.)

¿No es verdad, Señores, que es un Dios magnífico el que llama á la luz para que le sirva de traje; que extiende los cielos como quien desdobla una tela; que asienta el globo sobre base firmísima; que ahonda el cauce de los mares y los condena á mugir en él eternamente? Sí, Señores; todo esto es sublime, y tanto más sublime, cuanto que todo es sabio: llena el entendimiento y exalta la imaginacion, porque es la viva luz de la verdad, que se deja traducir por el arte, comunicándole sus eternos resplandores.

Vemos la grandeza de Jehovah en la creacion de los seres. Pero ¡cuán sublime no se ostenta, ademas, en el imperio que sobre ellos conserva, ó sea en las relaciones de lo infinito con lo finito! No es, no, como la divinidad pagana, que, al decir de Lista, suponíase dividida entre los grandes señores del Olimpo, como la soberanía en el régimen feudal, limitado su poder á determinadas partes del universo. ¿Qué belleza de órden superior ha de hallarse, por ejemplo, en la *Eneida*, cuando la misma reina de los dioses, Juno, la esposa de Júpiter, tiene que humillarse á Éolo, sin cuyo auxilio no le es dado enfurecer el mar Tirreno para sumergir en él á los Troyanos? Pero el Dios de la Biblia, el Dios de la poesía cristiana, es otra cosa. No hay punto en el universo adonde su imperio no alcance: los seres todos le están sujetos; y como no titubearon en salir de la nada cuando Él los llamó, á esa manera, hasta los más insensibles cumplen siempre su voluntad, sin resistencia. Un ligero soplo suyo es bastante para que el mar Rojo se trague á Faraon con todo su ejército, cuando, fulminando la espada, perseguía al pueblo santo, en la necia seguridad de hacerle piezas. Lo canta así Moises (1):

9. *Dixit inimicus: Persequar et comprehendam, dividam spolia, implebitur anima mea: evaginabo gladium meum, interficiet eos manus mea.*

(1) *Éxodo*, XV.

10. *Flavit spiritus tuus, et operuit eos mare: submersi sunt quasi plumbum in aquis vehementibus.*

Y yo me atrevo á romancear en esta forma:

Iré, dijo el contrario en su locura,
Caerá en mis garras el inicuo bando:
Repartiré el botin; y hasta la hartura
Henchido ya, la espada desnudando,
Mi mano le dará muerte segura:
Pero, vos, ¡oh Señor! un soplo dando.....
Tragóselos la mar; se hundieron como
En las revueltas aguas se hunde el plomo.

¿Puede darse una actitud más solemne y majestuosa que la que los sagrados poetas atribuyen á Dios? Y eso, que la muestra se ofrece debilitadísima, ya sea en la traduccion latina de la Vulgata, ya sea, con doblada razon, en la mia. Mas surge, Señores, de esto mismo una nueva excelencia, que Rollin cree comun á todos los cantos bíblicos, pero que hay que reconocer muy especialmente en David; y es que de la oda pagana, siquiera sea de Horacio ó de Píndaro, poco ó nada queda al pasar por el fuego de las traducciones, porque casi todo su encanto estriba en el colorido, en el número, en la cadencia y melodía; miéntras que las de David, áun despues del empobrecimiento y desmayo de la forma, conservan lo que acertaríamos en llamar el nervio la médula y la vida; esto es, las ideas y la verdad, que pasan sin dificultad á todas las lenguas.

Tarea larga, muy larga, sería por cierto la de ir, con la Biblia en la mano, recogiendo en abundante cosecha esas purísimas flores de la belleza intelectual, que forman la basa y más preciada riqueza de la poesía cristiana. Pero tambien, al concluirla, si tanto fuese dado á mi indigencia, habría terminado una obra de que al presente—y es gran lástima—carecemos todavía; un tratado completo de estética sagrada, supuesto que los ensayos hasta ahora hechos no dan siquiera por acometida la gloriosa empresa. (NOTA III.)

Séame, empero, lícito, ya que no otra cosa, poner fin á estas citas con algunos pocos versos del asombroso salmo XVII. Y lo tocaréis, Señores: David ha visto en este pasaje la idea clara, la verdad de la ira del Dios grande y magnífico contra los enemigos que persiguen á su siervo: quiere bosquejarla con su divino pincel, y no acierta á ello. Su mente conturbada, cogida del pavor, sumida se halla en una especie de vorágine, de la cual pretende salir á la luz, asiéndose acá y allá de las imágenes más terroríficas que hay en la naturaleza; y es vano su intento. El poeta ha visto más de lo que explicarse puede con instrumento humano. Y es maravilla que con nada lo exprese, al fin, mejor que con la manifestacion de su impotencia; á punto de que esta gran belleza intelectual, de seguro recibe la mayor parte de su esplendor de haber sido realizada por el arte con caractéres apénas inteligibles. ¿Qué diréis, por tanto, de mi atrevimiento, al presentaros su traduccion en verso castellano? Conste, Señores, que es ajena, no propia voluntad la que impera en este presuntuoso rasgo. (NOTA IV.) Dice la traduccion:

Pronto la tierra, trémula de espanto,
Cruje, y retiemblan pávidos los montes,
Viendo sus iras.
Torva humareda levantó su enojo:
Fuego el semblante brota; y en sus llamas
Arden carbones.
Baja los cielos: súbito desciende,
Raudo la niebla tenebrosa oprime
Bajo sus plantas.
Sube al querub, y lánzase en la altura;
Rápido en alas de aquilon sañudo
Cruza el espacio.
Puso entre sombras lúgubres su asiento:
Velan su trono, péndulas del aire,
Hórridas aguas.
Ora, á la ardiente luz de sus fulgores,
Huyen las nubes, que al pasar se tornan
Fuego y granizos.

Ora espantada truena la alta cumbre,
Voz del airado Altísimo; y llovían
Ascuas y piedra.
Lanza sus flechas, hiere, los deshace:
Cien y cien rayos mándales; y al punto
Son aterrados.
Muestran las aguas su secreto orígen,
Y hasta el cimiento sólido del mundo
Queda patente,
No más, Señor, que al escuchar tu estruendo,
Y el huracan, que forma la terrible
Voz de tus iras. (NOTA V.)

¿Qué os parece, Señores? Mejor dicho: ¿qué es lo que adivináis al traves de estas oscuras notas? ¡Oh! que La Harpe no exageraba, sin duda, cuando, en vista del original, exclama con entusiasmo que hay tanta distancia de este sublime á cualquier otro, como del espíritu de Dios al espíritu del hombre; que aquí se ve la concepcion de lo grande en su principio; que todo lo demas es una sombra, como la inteligencia creada no es más que una débil emanacion de la inteligencia creadora; como la ficcion, cuando es bella, no es tampoco más que una sombra de la verdad.

Pero ¿acaso, dirá alguno, la poesía pagana no tiene tambien bellezas? ¿No hay en Homero, Virgilio, etc., pasajes que son admirados de edad en edad, y tendrán que serlo miéntras haya hombres? ¿Y quién lo duda? Por mi parte, Señores, voy en esta materia tan léjos como puede irse, creyendo que los clásicos griegos y romanos llegaron no ménos que hasta el límite de cuanto es dado al hombre con luz y fuerzas humanas. Y prueba es de ello la tarea que han tenido que tomarse, primeramente Lowth, despues Rollin, Bossuet, Fleury, Chateaubriand, y por último Mr. Plantier (que ha aprovechado todos los trabajos anteriores), para demostrar la superioridad de la poesía bíblica en los pocos lugares en que algunos creyeron ver rivalidad. Lo que yo digo es, que esas bellezas paganas, como inspi-

radas en el error ó la mentira, no pueden sufrir, ni en calidad, ni en número, comparacion con las que la percepcion clara de la verdad ha producido en la cítara de los sagrados poetas. Y en esto, Señores, cabe la demostracion.

Limitándome, por abreviar, á la idea de Dios, ¿qué tiene que ver el tan ponderado verso, que Virgilio tomó de Homero, para expresar el poder de una mirada torva de Júpiter :

Annuit et totum nutu tremefecit Olympum,

y que ya tiene su equivalencia en el libro de Job; con el *Respicit terram, et facit eam tremere—Montes sicut cera fluxerunt à facie ejus—Tangit montes et fumigant*, de David, y con otros infinitos pasajes que pudieran añadirse? ¿Qué comparacion cabe entre el cántico de Moises, y todo cuanto Virgilio dice en alabanza de Augusto en el comienzo del libro III de sus *Geórgicas*, y cuanto hace cantar, al fin del VIII de la *Eneida*, á los coros de los sacerdotes de Evandro en honor de Hércules? Bellísimos son estos pasajes, dice Rollin; pero Virgilio nos parece de hielo al lado de Moises, que es todo fuego. ¿Cómo asimilar el poder de Júpiter, cuando Ovidio le presenta derrocando con sus rayos á los soberbios Titanes, que escalan el cielo para hacerle la guerra,

Tunc pater omnipotens misso perfregit Olympum
Fulmine, et excussit subjecto Pelio Ossam (1),

con la grandeza del Dios de David, que, en la seguridad de sus fuerzas, se rie y hasta se burla de la impotente rabia de sus enemigos,

Qui habitat in cœlis irridebit eos : et Dominus subsannabit eos (2),

y que por tal manera destruye al impío que le ofende, que

(1) *Metamorph.*, lib. I, vv. 153 et 154.
(2) Psalm. II, 4.

en un instante no queda ni el lugar donde se levantaba orgulloso?

Vidi impium superexaltatum et elevatum sicut cedros Libani:
Et transivi, et ecce non erat: et quæsivi eum et non est inventus locus ejus (1).

No hay esa soñada rivalidad, Señores; y para demostrarlo plenamente, no hay para qué seguir paso á paso á aquellos críticos en sus apreciaciones sobre belleza y belleza. Nos basta con preguntar, y preguntamos: ¿qué hay, hecha abstraccion del número, armonía y elegancia de estilo, en los autores paganos? ¿qué hay de verdad en el fondo de sus creaciones? ¿qué hay espiritual? ¿qué hay razonable? ¿qué hay para los goces de la parte nobilísima del hombre? Nada. Nos cansarémos en vano si hallar queremos en ellas la belleza intelectual, que sólo con la fe irradia del cielo.

Todo es al contrario en los bíblicos cantores. Verdad, que éstos tienen que proceder tambien por medio de ficcion ó imágenes, porque si nó, no habría poesía, y atribuir á Dios cuerpo, y miembros, y pasiones, y actitudes altamente dramáticas, exigiéndolo así la imbecilidad propia de la humana naturaleza; pero en el supuesto siempre de que todo cuanto de las cosas visibles se traslada á Dios, jamas se debe entender en sentido natural y propio. Siempre en sus ficciones el poeta sacro conduce al entendimiento desde la sombra á la verdad: no se adhiere precisamente á la imágen, sino que busca, investiga y escoge aquello en que la naturaleza divina es más análoga á la imágen: todo es figurado, todo alegórico. Y como propio es de la alegoría el llevarnos más allá de lo que dice, las de la Biblia nos lanzan con tal fuerza á la region de lo infinito, que no es posible idear si-

(1) Psalm. XXXVI, 35, 36.

quiera placer mayor para nuestra alma ni sentir belleza más exquisita. Al paso que todo lo que Homero y demas poetas paganos, llevados de sus vanísimas doctrinas, atribuyeron á sus dioses, por absurdo é impío que parezca, lo hacen en sentido propio, no pudiendo ni concebirse, en casos semejantes, el uso ó empleo de la alegoría. Ésta es puntualmente la razon de que Longínos acuse á Homero de haber hecho á sus dioses más perversos que los hombres. Por manera que todas aquellas historias nefandas, aquellos escándalos olímpicos, áun aquellos dos pasajes, que se citan como el último esfuerzo del sublime, el uno en Homero—cuando Júpiter declara á los demas dioses que pueden tomar parte en el combate en que Aquíles se propone vengar á Patroclo—y el otro en Ovidio—y es la lucha de los Titanes, que citábamos hace poco—no son en esencia más que grandísimos desatinos, que así pueden satisfacer al entendimiento, y de rechazo, al corazon, como los cuentos de hadas y las diablura de las *Mil y una noches.*

Hasta los mismos defectos literarios que una delicadeza ática pudiera hallar en la Biblia, conviértense en nuevo argumento á favor de nuestra tésis. Porque, si los Libros Santos, en medio del aparente desaliño y de la constante sencillez que forman su carácter, encierran tantos pasajes bellos, asombrosos, superiores á todo lo que es humano, esto, Señores, nace, no de una elocucion trabajada y exquisita, sino de la naturaleza misma de las cosas que tratan; de las verdades, que son de suyo tan levantadas y tan grandes, que arrastran en pos de sí, como por necesidad, las magnificencias de la expresion y los recursos del arte. Por eso, miéntras la literatura pagana, ha dicho algun escritor, es el culto de la forma para disimular, digámoslo así, la pobreza del fondo con su lujo y opulencia; la poesía bíblica descuida y desprecia, por lo comun, la forma, á fin de que

aparezca en todo su brillo la majestuosa belleza de la verdad. Hay, sin embargo, escenas, pinturas y descripciones en los Libros Santos, tales y tan bellas, que, sin otro valor que el de la forma, consideradas aisladamente, todavía superan á cuanto la poesía pagana puede ofrecernos semejante. Sirva de ejemplo, entre millares, la pintura del caballo, que se lee en el *Libro de Job* (1), la cual ahora mismo arrostra sin cuidado la competencia con las bellísimas que hicieron Virgilio en sus *Geórgicas*, Lucano en su *Farsalia* y el cordobes Pablo de Céspedes en su *Poema de la Pintura*, no obstante lo mal parada que queda la primera en la traduccion que me atrevo á presentaros.

¿Sabes dar al caballo la pujanza?
¿Y que, al relincho, encorve el ancho cuello?
¿Que salte cual langosta? Aterroriza
El resoplar de su fogoso aliento.
Hiere la tierra con robusto callo,
Encabrítase audaz; corre al encuentro
De la enemiga hueste en la llanura.
No conoce el temor, no cede al hierro.
Óyese encima golpear la aljaba;
Siente el vibrar del asta y del acero.
Ni refrena el ardor, ni aguarda, ansioso
De sorberse la tierra, el clarin bélico.
Resuena al cabo, y ¡sús! de léjos huele
La matanza, el rumor y el clamoreo.
(NOTA VI.)

Pero que la Biblia sea, por lo comun, pasmosa y no imitable alianza de sencillez y de grandeza, no tenemos inconveniente en confesarlo: ántes era lo natural que así fuese; que el Verbo de Dios, al comunicarse al hombre, viene siempre humillado, ora venga revestido de la debilidad de nuestra carne, ora venga envuelto en la indigencia de nuestra palabra. Y digo de nuestra palabra, porque, aunque en la Sagrada Escritura la palabra interior sea enteramente

(1) XXXIX, 19, etc.

divina, la exterior es siempre humana, es palabra del hombre; á punto de que, sin quitar nada de su poder al soplo del divino Espíritu, hay que reconocer, sin confundirlas, dotes muy peculiares á la naturaleza é ingenio de cada escritor. «Pues no se transforma, dice Lowth (1), con el divino fuego la mente del vate en tal manera que ya la índole del hombre no aparezca: las facultades del natural ingenio se levantan, crecen, se subliman, pero no se extinguen ni se anonadan.» Por lo que, al paso que los escritos de Moises, de David y de Isaías transporan ese no sé qué altísimo y celestial, que demuestra estar todos ellos inspirados divinamente, sin embargo, siempre y sin equivocacion, distinguimos al profundo Moises, al esplendoroso David, al dulcísimo Isaías.

Pero hasta aquí no hemos hablado sino de la poesía bíblica. ¿Es ésta, por ventura, la única poesía cristiana? No, Señores; y recordar podéis cuál es la inteligencia y extension que dábamos á ese término al comienzo de este discurso. Mas al hablar tan detenidamente de la belleza intelectual de la Escritura, que es la verdad, que es la religion, que es el cristianismo, creo haber abrazado en mi interes la generalidad de la causa. Porque ¿cuál poesía cristiana, que merezca tal nombre, no se ha inspirado en la Biblia, que es el libro donde, en frase de nuestro Donoso, «leemos todos los dias, leemos todas las noches, y nunca se acaba su lectura», y es, por lo mismo, manantial perenne de esplendor, de verdad y de belleza? «Suprimid la Biblia con la imaginacion, añadía nuestro malogrado amigo, y decidnos qué queda grande, espiritual y bello en la literatura de los últimos veinte siglos.» Hasta en filosofía, en las artes, en las lenguas, en toda intelectual cultura, dice Schlegel, ha sido

(1) *De sacra poesi hebrœorum.*

grande la influencia de la Biblia respecto de todos los pueblos cristianos. ¡Cuánto más debió serlo en la poesía, «con su carácter hermosamente figurado y profundamente simbólico»! (1). Una sola diferencia, empero, habrá siempre entre los cánticos de la Escritura y lo que no sea más que cristiana composicion; y es, Señores, que para producir los acordes bíblicos se unieron en apretado lazo la inspiracion divina, el genio y la augusta santidad de los cantores; razon por la que no hay ni puede haber jamas quien los supere; miéntras que, en las producciones puramente cristianas, no hay, en lo comun, respecto de accion sobrenatural, sino la mediata ó indirecta, que viene de la divina Verdad, en que se inspiran sus autores, y, á veces, de una gracia especial, que es como necesario reconocer asistiendo con superior virtud, en sus fervorosos cantos, á Prudencio, á San Gregorio Nacianceno, Santo Tomas de Aquino, San Buenaventura, Santa Teresa, San Juan de la Cruz, el Maestro Leon, y muchos otros.

Mas esto solo es bastante para que la poesía cristiana, poseedora de la verdad, embellecida de grandiosos misterios, de dulcísimas esperanzas, de consoladoras creencias, se ostente, con mucha gloria, rica de intelectual belleza, y no admita, en prerrogativa tan alta, ni comparacion siquiera con las demas obras del humano ingenio. Sí, Señores: merced á la religion, gracias á la Biblia, el poeta cristiano sabe que el hombre no ha existido siempre; que es de raza divina, mas obra de Dios, hecho á su imágen y semejanza: sabe todo lo acaecido en los dos mil años primeros del mundo, período en que los profanos no han podido ver sino tinieblas, fábulas, ignorancia: sabe que todos los hombres, no sólo son entre sí iguales, sino hermanos; que tie-

(1) Chateaubriand.

nen facultad de obrar, no esclavos del destino, no vil juguete de celosas deidades, sino con propia voluntad y albedrío: sabe que venimos, por la falta primera del primer hombre, de un estado de ominosa ruina; mas que caminamos, como individuos, á la restauracion de nuestra naturaleza, á la conquista del cielo; y, como pueblos, á la consumacion dichosa del triunfo universal prometido al Cristo: sabe, en fin, que todo esto se realiza y va cumpliendo bajo la economía tutelar de la Providencia que, sin hacer fuerza á la libertad del hombre ni de las naciones, lleva en sus manos el hilo de todos los acontecimientos de la historia, preparándolos en sus causas, desarrollándolos en sus vicisitudes, ligándolos en sus incoherencias, empujándolos, en fin, como á centro único, á la divinizacion del hombre y á la gloria de la Divinidad. Por manera que así como Moises, al descubrir divinamente la verdad de la omnipotencia creadora, no podía ménos de ser enérgico y profundo; como David, penetrando en los arcanos de la magnificencia y de la misericordia, no puede ser sino grandioso y á la vez humilde; como Job, al experimentar los estragos de la justicia de Dios, tenía que ser fúnebre y doliente; como á Jeremías, tocando las ruinas de su amada Jerusalen, no era dado dejar de ser trágico y sublime; como Isaías, viendo en lontananza el martirio acerbo y las humillaciones del Hombre-Dios, habia necesariamente de ser sentimental y dulcísimo; así, guardando la indicada proporcion, los poetas cristianos, puesta la vista en el sol de la verdad, no han podido ménos de producir la más sublime, la más profunda, la más espiritual, la más íntima, la más verdadera de todas las literaturas.

Recorred, si no, una por una las obras de los ingenios cristianos que han llevado con honor este título, y notaréis desde luégo qué fácil, qué naturalmente se levantan á inu-

sitadas alturas, desde las cuales nos arrojan en abundancia nuevas y maravillosas luces acerca de Dios, del hombre, de la sociedad, de la naturaleza. Pues todo es debido á esa fuerza de vista superior, divina, que la fe pone en los ojos de su inteligencia que, como los del águila, penetran hasta los abismos.

La *Divina Comedia.....* ¡oh! de seguro, Señores, estabais todos recordándola, y con sobrada oportunidad. El entendimiento purísimo de un ángel habría podido realizar mejor, pero acaso no concebir un plan más vasto ni más espiritual ni profundo que el de esa epopeya con que el Dante inmortalizó á la Italia. No parece sino que *l'altissimo poeta*, como se lee sobre su tumba, se propuso sensibilizar hasta donde humanamente es posible, para llevarlo á toda humana capacidad, aquel rasgo grandioso y por extremo conmovedor de San Pablo á los de Filípos: *In nomine Jesu omne genu flectatur cœlestium terrestrium et infernorum* (1): tal es el torrente de sublimes verdades, terribles unas, de esperanzas otras, y otras de inefable dicha, que el poeta ha derramado en la asombrosa trilogia del Infierno, el Purgatorio y el Paraíso, que no es, en suma, otra cosa que un triple cántico, inspirado por la verdad divina, como para dar testimonio de la belleza intelectual de la poesía cristiana. Porque, Señores, cuanto al fondo, ¿qué puede haber más levantado, más filosófico, ni más agradable al entendimiento, que un poema que recorre todas las fases posibles del hombre, penetrando con igual destreza así en las mazmorras del infierno, como en el océano de luz de la vision beatífica? ¿Dónde se quedan la *Iliada* y la *Eneida*, raquíticos abortos, si se las compara con ese parto gigantesto? ¡Qué! ¿es lo mismo cantar las guerras de un héroe y los viajes de un hombre, que cantar esos in-

(1) II, 10.

mensos mundos, en donde el espíritu humano se hunde, se acrisola ó se diviniza? Ni ¿qué comparacion cabe entre el infierno y el *Tártaro*, el purgatorio y el *Leteo*, y el cielo cristiano y el *Olimpo* de los falsos dioses? Mas, cuanto á los accidentes, sus imágenes conmovedoras, su relacion pintoresca, su estilo enérgico, ¿no nos hacen á cada paso recordar á Moises? Si fuese la comparacion posible, ¿no añadiríamos con verdad que Moises fué para la poesía hebraica lo que, cuarenta siglos despues, ha sido Dante para la poesía italiana? ¡Y eso que el poeta tenía que habérselas con áspero y rudo instrumento; pues lo son todas las lenguas en su período de gestacion, siempre laboriosa! ¡Y eso que la inspiracion del Dante se ahogaba no pocas veces bajo el peso de la erudicion teológica, cuyas precisas y ajustadas fórmulas, si para la ciencia son luz, se amoldan con dificultad á los arranques del genio poético! Hoy, por dicha, es ya posible en España leer la *Divina Comedia* sin los citados inconvenientes. Traducida está en magníficos tercetos, en muy castizo lenguaje y con sapientísimas notas, que llenan de claridad los más intrincados lugares del poema: las gracias al escritor insigne (1) que, con gallarda y erudita pluma, ha añadido, en tan feliz manera, nuevos timbres á su nombre, mucha gloria á esta Academia, y una joya más á nuestros literarios tesoros.

Y ¿qué dirémos del *Paraíso perdido* de Milton, otro de las grandes poemas, que son en cuerpo y alma propiedad exclusiva de la cristiana inspiracion? Increíble parece, Señores, cómo el sin ventura y desdichado autor pudo morir sin recoger en vida ni un solo laurel de la obra en que fabricado había su inmortalidad. Rechazada sin leerse por los buenos, que la creían mala, y desdeñada por los malos, que la

(1) El Excmo. Sr. Conde de Cheste.

creían buena religiosamente hablando, el hecho es que no logró tener acogida sino allá cuando Addison, un año despues de la muerte del poeta, hizo ver al mundo que Milton se había inspirado sincera y cordialmente en la fe cristiana. Desde entónces acá el *Paraíso perdido* se distingue en la historia de la literatura por el sobrenombre de *poema divino.* Y en efecto, ¿cómo no decir más que humano al poema que, inundado de purísima luz con los resplandores de la divina verdad, teje la historia de todo cuanto es grande en la tierra, en la humanidad, en el individuo? En él vemos nacer el culto, con la primera oracion de Adan; la filosofía, con su primer pensamiento; el amor, con su primer sueño; la lucha, en su primera tentacion; el remordimiento, en su primer pecado; la expiacion, en su primera sentencia, y la esperanza, en el primer movimiento de la misericordia. (Nota vii.) Y como la religion, la filosofía, el amor, la lucha, el remordimiento, la muerte y la esperanza son realidades vivas, que, á la vez que la sangre y los huesos, recibimos en irremisible herencia, de aquí que el *Paraíso perdido*, al colorar con inimitables tintas esa *suma* de la humanidad, esas verdades que viven en cada uno de nosotros, ha hecho un libro, ha levantado un monumento de intelectual belleza, que no puede olvidarse miéntras sean hijos desdichados de Adan los que pueblen la tierra. Traed á la memoria la figura de Satanas increpando al sol, que le recuerda su primitiva grandeza; la de Adan solitario, en su desesperacion profunda y en su dudar angustioso sobre el principio imperecedero que en él se anida; recordad al ángel Rafael, purísimo, bellísimo, radiante de virtud é inundado de gloria; aquel encantado eden, mansion de la inocencia, «cuyos tipos no han podido recogerse sino en los jardines del cielo»; y, en fin, todo ese drama colosal, donde se ventilan nuestros más altos intereses, y en el que «con el principio y fines de la na-

turaleza, se encierra toda la sublime razon del cristianismo» (1). ¿Qué hay en las literaturas conocidas que se asemeje á esta creacion cristiana, llena de belleza y santidad? ¡Oh! Lo diré sin titubear: todo poema, despues de este poema, no es más que un episodio; todo personaje es raquítico; todo escenario se nos figura pobre, y toda situacion dramática nos parece de escaso interés.

Otra gloria de la poesía cristiana y de la Italia es la *Jerusalen Libertada*, de Torcuato Tasso. Inspiracion hija de la fe y de las sublimes verdades que ella ilumina, ¿cómo no había de ser tambien noble, levantado y brillante un poema que narra el sin par asombroso acontecimiento de lanzarse la Europa entera sobre el Asia, sólo para rescatar una piedra, porque en esa piedra había descansado el cadáver de nuestro Redentor? Si, como dicen, la idea gobierna al mundo, esto es, al hombre, ¿quién desconocerá que esa tan grandiosa idea cristiana fué la que movía las alas del genio para hallar un torrente de poesía donde quiera acertaba á posar su vuelo? Ved por qué no es al Olimpo mentiroso, no es á lúbricas deidades, á quienes invoca el poeta para obtener sus *celestiales ardores:* es á aquella musa santa

che di caduchi allori
Non circondi la fronte in Elicona,
Ma su nel cielo infra i beati cori
Hai di stelle immortali aurea corona;

es á la fe, á la religion, á cuya luz altísima, como en su orígen, descubre el cantor cristiano lo más bello, lo más puro, lo más grande, lo más sublime de la verdadera estética. Y cuenta, Señores, que si la *Jerusalen* es una gloria poético-cristiana sólo por lo que es, lo es todavía más por lo que pudo ser, á no haber sido el Tasso tan jóven cuando la es-

(1) Chateaubriand.

cribió, á no haber privado á la imaginacion de espontaneidad, á haberse aprovechado mejor de todo lo que la religion le ofrecía, á no haberse plegado tanto á las exigencias paganas del Renacimiento.

Klopstock, con su *Mesiada*, viene, en fin, á cerrar la lista de los principales poemas cristianos. En él cantó el poeta aleman, ora con abundancia y grandeza, ora con brillantez y dulcísima ternura, el advenimiento, vida y muerte del divino Salvador. Y hé aquí otra vez el talento ó el genio del hombre lanzado en mundos infinitos por irresistible impulso de una religion que es toda espíritu, inteligencia y verdad. El lector, en su pequeñez humana, quédase absorto al contemplar aquella inmensidad de globos habitados, aquella multitud de ángeles, de espíritus, ya de luz, ya de tinieblas, y de almas que han vivido en la tierra ó que no han hecho aún por ella su tránsito; y no puede ménos de concluir por glorificar á Aquel *qui dedit potestatem talem hominibus* (1); que dió á la palabra humana tanto esplendor con la luz de la verdad divina.

Hé aquí, Señores, en brevísimo resúmen lo que son, como belleza intelectual, los cuatro grandes poemas del cristianismo (NOTA VIII), que, á ser posible, yo llamaría sus cuatro evangelios poéticos; calificando á Dante con el emblema del *águila*, porque nadie como él vuela tan alto; al Tasso con el del *leon*, puesto que refiere hazañas y gloriosas empresas; á Milton con la figura del *hombre*, cuya historia sintetiza y narra; y á Klopstock, en fin, con la del *toro*, ó sea la víctima, cuyo sacrificio canta, á los desmayos del sol y al estremecimiento de la naturaleza. Pero, no: son obras humanas, y, como tales, ni merecen tan alto nombre, ni exentas se hallan de lunares filosóficos, literarios, y, lo que es más, hasta

(1) Matth., IX, 8.

de ortodoxia, hijos del tiempo, de las circunstancias y de la índole particular de sus autores. Pero el pensamiento es siempre cristiano, cristiana la inspiracion, cristianos todos los accidentes.

Basta, pues, de citas, que no nos dejarían acabar nunca; siendo, ademas, cosa averiguada que todo queda dicho en materia de poesía cuando se ha hablado del poema épico. ¡Oh, si pudiéramos descender y divertir la atencion á géneros diferentes! No tendríamos necesidad de salir de nuestra España para cautivar regaladamente y por largo tiempo vuestros oídos. Porque, si, como sienta M. Humboldt del lenguaje poético, debe éste brotar del presentimiento de esa armonía misteriosa que existe entre el mundo visible é invisible, ¿quién mejor que nuestros clásicos ha comprendido las relaciones entre ambos mundos? ¿Quién ha sentido mejor la intimidad, la dependencia continua de las dos esferas de la creacion y de la eternidad? ¿Tendré necesidad de recordaros á nuestros primitivos poetas, que daban principio á sus sencillos cánticos

En el nomne del Padre, que fizo toda cosa,
Et de Don Jesuchristo, Fijo de la Gloriosa? (1).

¿Os citaré á Calderon, águila de los ingenios, que se remontaba á las *eternas moradas sobre las plumas de los vientos;* á Fr. Luis de Leon, sublime en la sencillez é inimitable en la sublimidad; á Santa Teresa y San Juan de la Cruz, admirables cantores humanos de los amores divinos; á Fernando de Herrera, el de entonacion alta y robusta; á Rodrigo Caro, el de melancólico y fúnebre estro; á Francisco de Rioja, el de los conceptos profundos; y..... tantos y tantos otros que, en las obras con que nos inmortalizaron, no se avergonza-

(1) Gonzalo de Berceo.

ban de poner la cruz sobre el papel ántes de asentar la primera letra? ¡Oh! bien sabéis vosotros, y no lo ignora nadie, que sus obras son la verdadera poesía, ó no hay poesía en el mundo; porque lo verdadero, lo santo, lo divino está en ellas, si me lo dejáis decir, como transfigurado. Y así es como nuestra patria debe á la inspiracion cristiana el siglo de oro de su literatura, no ménos que sus héroes, sus sabios, sus artistas, sus monumentos, y la epopeya, en fin, de su admirable historia.

Mas ¿qué mucho, Señores, si hasta las mismos incrédulos han tenido, para sobresalir en poesía, que pensar como creyentes, y hablarnos en cristiano para producir sus obras maestras? Prescindiendo de unos pocos, como Byron, como Schiller, como Göethe, que, por cierto, anublan el alma y desgarran el corazon con sus ecos desesperantes; Voltaire, Señores, el cínico mofador de toda cristiana creencia, ¿no debe á la religion, que persiguió, los trozos más bellos de su *Enriada* y las escenas más hermosas de sus tragedias? Hasta los protestantes protestan en literatura contra la aridez de sus errores, y aceptan la forma católica que aborrecen, á fin de que, sin confesarlo y sin agradecerlo ellos, la verdad divina venga á dar esplendor á su palabra humana.

Y aquí, Señores, no me es posible ocultar el temor, y temor grande, que, en los corrientes tiempos, me desalienta y me angustia; y es que, si la filosofía moderna no cambia diametralmente de rumbo, y la juventud, en tan visible parte, continúa siéndole devota, buscando la verdad en las tinieblas, y la belleza en el cáos, ó vamos á asistir á los funerales de la poesía, ó para resucitarla tendrémos que retroceder al Olimpo. Dígolo, Señores Académicos, porque es hasta inconcebible que brotar pueda una chispa de entusiasmo en el cerebro del hombre, cuyo entendimiento no está iluminado sino por la *idea* ó *sér* de Hegel, por el *yo abso-*

luto de Fichte, por el *absoluto* é *identidad universal* de Schelling, por el *infinito* de Espinosa y por el *infinito absoluto* de Krause, con otros términos no ménos abstrusos y tenebrosos, que así dejan frio el corazon como desolada la mente. Y el ominoso oráculo de Boileau tendrá entónces su cumplimiento; porque, cerrados al genio sus verdaderos y celestiales caminos, plegará necesariamente el vuelo sobre los olvidados escombros de la vieja mitología; allí donde, segun el autor citado,

La fable offre à l'esprit mille agréments divers;
Là, tous les noms heureux semblent nés pour les vers;

y el mundo verá con mengua retoñar una poesía tan vana, tan artificiosa, tan falsa, como la que nos regaló el ponderado Renacimiento, ahogando el rico gérmen de nobles ideas, de sentimientos generosos, de espontánea y original poesía, productos exclusivos de la fe, de la verdad divina; haciéndonos, en fin, como á nuestros abuelos, greco-romanos en la composicion y paganos en el lenguaje.

Y es perfecta la disyuntiva, Señores, porque no admite medio, toda vez que no se ha de llamar nunca poesía á lo que ciega las fuentes de ella, á lo que la mata en su orígen, al asqueroso realismo, que, con pretensiones de fotografiar á la naturaleza, no ofrece sino su cadáver envuelto en el sudario de todos los vicios. Y vedlo, Señores: el realismo avanza al paso que la divina verdad nos abandona. ¡Y nadie clama, y nadie se estremece..... cuando la historia está ahí diciendo á gritos que el realismo en literatura no llega sino con la injusticia en el poder, con la negacion en la ciencia, con el fango en las costumbres, con el oprobio en los hombres, y con la muerte en los pueblos!.....

Creo, Señores, haber dicho ya, si no lo mucho que es posible, al ménos lo poco que basta para poder formular vic-

toriosamente estas preguntas: ¿No es verdad, Señores Académicos, que es blasfemia—dejadme expresarlo así—blasfemia literaria, lo de aquel atildado preceptista, Boileau, cuando enseñaba:

De la foi d'un chrétien les mystères terribles
D'ornements égayés ne sont point susceptibles?

¿Y no es asimismo cierto que el buen Chateaubriand anduvo remiso y se quedó muy corto cuando se limitaba á decir en loor del cristianismo, literariamente considerado: *Il peut enchanter l'esprit aussi divinement que les dieux de Virgile et d'Homère?*

¿Y no es indudable, en fin, que en cuanto he traído y allegado en torno de mi grave asunto, no me alcanza por manera alguna la nota de rigidez y de oposicion destemplada en que á las veces incurre, por exagerado celo, en su *Gusano Roedor*, el erudito abate Gaume, respecto de las clásicas producciones del gentilismo y de todo lo que no es severamente cristiano?

Juzgadlo vosotros, Señores: el plan que me propuse con las distinciones, acaso prolijas, que tuvísteis la paciencia de escucharme en el principio, me ha permitido sin embarazo dar á cada escuela lo que en justicia le corresponde; y sin peligro alguno para la cristiana poesía, reconocer y hasta aplaudir los muy grandes primores que atesora el arte en la pagana. Al cabo, siempre será cierto que la primera realiza en el mundo la belleza intelectual, que en vano se querría hallar en la segunda; y, por lo mismo, que aquélla es la verdad revestida de sus naturales atavíos, y ésta es el error, que se disfraza con todo lo más rico y bello que ha podido haber á las manos, y que en rigor no le pertenece.

Y ved aquí otra ventaja, no efímera, del sistema que hemos seguido; y es, que desaparecen ó se disminuyen con

él los inconvenientes, más graves de lo que generalmente se piensa, de las apologías poéticas que se han hecho hasta ahora de la religion cristiana; sin excluir *El genio del Cristianismo*, por más que el generoso fin de su eminente autor quedase cumplido sólo con vindicar á nuestras creencias de aquellos calumniosos epítetos de bárbaras y hostiles á toda belleza é ilustracion, con que la filosofía del siglo XVIII las había impíamente calificado. Porque, Señores, empeñarse en demostrar la certeza de una religion por su hermosura en general, por la pompa de su culto y lo augusto de sus ceremonias, es cosa que tiene sus peligros; porque el paganismo ya sabemos que es bello tambien, bellísimas y asaz pomposas muchas de sus solemnidades, y los templos de Egipto, de Grecia y de Roma podían competir en poesía con el de Jerusalen. Y aunque cosa sea universalmente reconocida, que Mr. de Chateaubriand y otros han hecho incontestable en todo y por todo, la superioridad poética de nuestra religion respecto de las mitologías de los paganos, creemos, sin embargo, que, con la mejor y más sana fe del mundo, han puesto al incrédulo en la ocasion de forjarse, para su mal, este razonamiento: «Luego si, despues de tanto hablar, el paganismo no es sino ménos bello que el cristianismo, con esto ni se me prueba la verdad del uno ni la falsedad del otro; porque entre la verdad y el error no es la cuestion el *más* y el *ménos*, sino el *todo* ó la *nada*.» Y yo, Señores, no sabría qué contestar á este silogismo, si no creyese, como creo y juzgo haber demostrado, que, en punto á belleza intelectual, el cristianismo es único, excluye la competencia, se ofende hasta del parangon; porque la tiene toda, miéntras el paganismo carece absolutamente de ella. La belleza augusta, que en la verdad se inspira y que del rostro del verdadero Dios emana, no podía hallarse sino en la religion verdadera. Y ésta, ésta es la belleza que trans-

portaba á San Agustin, inconsolable por no haber llegado á descubrirla sino en la mitad de su carrera, aunque sin duda, y como pocos, había conocido ántes la belleza de todas las profanas literaturas; ésta, en fin, la que ha rendido y cautivado á tantas almas poderosas al leer nuestros sagrados libros y al saborear sus celestiales conceptos. Y ¿qué sería, Señores, si la verdad del cristianismo fuese siempre poética, es decir, siempre representable con imágenes? Pero no, no lo es más que hasta cierto punto, y en ello está su principal corona. Su belleza es á las veces tan alta, se remonta tanto, que se escapa al dominio del arte, dejándose sólo ver por cima de la fantasía, en la region más pura é inmaterial del pensamiento. Entónces su única expresion posible es el arrobamiento, el éxtasis y un silencio elocuentísimo, que no es dado interrumpir sino para exclamar, con el antiguo Saulo, embebecido ahora en contemplaciones altísimas: *Audivi arcana verba quæ non licet homini loqui.* He oído cosas que no puede el hombre explicar. Y es, que oía de la verdad de Dios lo que no podía expresar con palabras de hombre.

La belleza intelectual es, pues, patrimonio exclusivo de la cristiana poesía.

La verdad divina da eminente esplendor á la palabra humana.

He concluído, Señores; y al terminar, no se me oculta que, con la gloriosa insignia que vais á colocar sobre mi pecho, recibo una nueva consagracion: la del sacerdocio de la lengua; carga y honra para las cuales me siento tan impotente como indigno. Conozco, empero, que con ellas, mis obligaciones se extienden, se dilatan, sí, pero en manera alguna se diversifican. Como sacerdote católico, guarda y custodia soy de las cosas sagradas, que á la religion atañen: como académico, os ayudaré, segun mis fuerzas, á guardar

el patrio idioma, al que llamo sin temor tambien *sagrado*, diciéndolo ante vosotros, que sabéis en qué moldes se ha fundido, con qué fuego se ha clarificado, y qué manos ó qué plumas le han dado su pulimento, hasta hacerle, como ha dicho alguno, el más propio, entre los que hoy se hablan, para dirigirse á Dios, y por lo mismo, refractario naturalmente á esa terminologia bárbara, invencion de la herejía y del filosofismo antireligioso. En calidad de sacerdote, soy tambien, aunque algunos así no lo entiendan, defensor nato y constante de esta patria heroica; porque defiendo lo que le dió la vida, lo que la hizo una, lo que la hizo grande: ¡la fe, Señores! que, al ausentarse de entre nosotros, se llevaría consigo cuanto le pertenece en esta noble tierra, dejándonos como el cuerpo cuando se le ausenta el alma. Y como académico, ¿qué otra cosa haré yo, sino defender la madre patria, y procurar su brillo, trabajando con vosotros por la fijeza, nitidez y esplendor de nuestra lengua, siendo así que la lengua propia es muro y antemural, arma y escudo de todas las nacionalidades? Conocéis las fuerzas que para ello os consagro en este dia: son escasas, son muy pobres. Así que, extrañar no podréis mañana el no hallarme á la altura de vuestras discusiones y al alcance de vuestros estudios; mas caminando muy detras de todos en el desempeño de nuestros trabajos. Yo me consolaré entónces, como me consuelo ahora, con esta idea, que siento venga á ser á menudo el refugio de la impotencia; y es, que en punto á celo, noble intencion, grandes deseos, en todo lo que de la voluntad depende, vais á encontrarme siempre disputándoos la delantera.

NOTAS.

(I.) Página 9, línea 25.

Dejo á los filósofos, que nunca se entenderán en la materia, discurrir sobre la naturaleza ó esencia de lo bello, con todas las demas cuestiones que la nocion de la belleza arrastra consigo; yo señalo su orígen y distíngo sus especies, y esto me basta para mi intento.

(II.) Página 19, línea última.

Benedic, anima mea, Domino: Domine, Deus meus, magnificatus es vehementer. Confessionem et decorem induisti:

2. *amictus lumine sicut vestimento. Extendens cœlum sicut pellem:*

3. *qui tegis aquis superiora ejus. Qui ponis nubem ascensum tuum: qui ambulas super pennas ventorum.*

4. *Qui facis Angelos tuos, spiritus: et ministros tuos, ignem urentem.*

5. *Qui fundasti terram super stabilitatem suam: non inclinabitur in sæculum sæculi.*

6. *Abyssus, sicut vestimentum, amictus ejus: super montes stabunt aquæ.*

7. *Ab increpatione tua fugient: à voce tonitrui tui formidabunt.*

8. *Ascendunt montes, et descendunt campi in locum, quem fundasti eis.*

9. *Terminum posuisti, quem non transgredientur: neque convertentur operire terram.*

(III.) Página 21, línea última.

En estos momentos se publica en España en la revista católica, *La Ciudad de Dios*, el libro intitulado La Belleza y Las Bellas Artes, escrito en aleman por el P. José Yungmann, y puede pasar por un magnífico tratado de Estética, que llenará, en gran parte, el vacío de que nos hemos quejado.

(IV.) Página 22, línea 20.

El deseo de presentar tantas estrofas castellanas cuantos son los versículos del original latino, me ha hecho sin reparo faltar á la costumbre de poner tres sáficos y un adónico en cada estrofa.

(V.) Página 23, línea 12.

8. *Commota est, et contremuit terra: fundamenta montium conturbata sunt, et commota sunt, quoniam iratus est eis.*

9. *Ascendit fumus in ira ejus: et ignis à facie ejus exarsit: carbones succensi sunt ab eo.*

10. *Inclinavit cœlos, et descendit: et caligo sub pedibus ejus.*

11. *Et ascendit super cherubim, et volavit: volavit super pennas ventorum.*

12. *Et posuit tenebras latibulum suum, in circuitu ejus tabernaculum ejus: tenebrosa aqua in nubibus aëris.*

13. *Præ fulgore in conspectu ejus nubes transierunt, grando et carbones ignis.*

14. *Et intonuit de cœlo Dominus, et Altissimus dedit vocem suam: grando et carbones ignis.*

15. *Et misit sagittas suas, et dissipavit eos: fulgura multiplicavit, et conturbavit eos.*

16. *Et apparuerunt fontes aquarum, et revelata sunt fundamenta orbis terrarum, ab increpatione tua, Domine, ab inspiratione spiritûs iræ tuæ.*

(VI.) Página 27, línea 27.

19. *Numquid præbebis equo fortitudinem, aut circumdabis collo ejus hinnitum?*

20. *Numquid suscitabis eum quasi locustas? gloria narium ejus terror.*

21. *Terram ungulâ fodit, exultat audacter, in occursum pergit armatis.*

22. *Contemnit pavorem, nec cedit gladio.*

23. *Super ipsum sonabit pharetra, vibrabit hasta et clypeus.*

24. *Fervens et fremens sorbet terram, nec reputat tubæ sonare clangorem.*

25. *Ubi audierit buccinam, dicit: Vah: procul odoratur bellum, exhortationem ducum, et ululatum exercitûs.*

(VII.) Página 33, línea 16.

Sospecho haber leído algo muy semejante á este pasaje, no recuerdo dónde.

(VIII.) Página 35, línea 22.

¿Para qué hablar de *Los Lusiadas*, de *La Araucana* de nuestro Ercilla, *La Muerte de Abel*, *La Cristiada*, *el San José*, y otros ménos importantes?

CONTESTACION

DEL

SEÑOR MARQUÉS DE MOLINS.

Ya lo habeis visto, Señores: el nuevo Académico, con modestia propia del hidalgo, natural en el docto, con humildad meritoria para el cristiano y precisa en el sacerdote, declina todo merecimiento personal en la solemnidad á que asistís; llama merced á vuestra justicia, y no ve en su persona cosa digna de vosotros, sino es el traje que viste y el estado á que pertenece.

No, Señor Académico, en esto andais completamente equivocado. La Academia, es cierto, ve siempre con cariñoso respeto el traje que vistieron Mariana y Solís, Lope y Calderon: todos sus individuos, y yo más que otro alguno de ellos, cuando, al comenzar nuestras sesiones, invocan labios profanos la asistencia del Divino Espíritu, echamos ménos la autorizada voz de los que aquí han alzado santas oraciones á Dios y han prestado honor inmarcesible á la patria: Interian, Casani, Ferreras, Silva, Gonzalez, Lista, Gallego, el cantor del Dos de Mayo, Balmes, más admirado allende que aquende el Pirineo, se presentan á nuestra memoria..... Todo esto es evidente; pero si habeis sido llamado á recibir algo de su herencia, ni aquella veneracion ni este recuerdo han sido parte en ello; sino la experiencia que la Academia tiene de que, quien fué primero en el foro y luégo en el púlpito orador elocuente y correcto, quien aunó

á los arduos estudios de la ciencia teológica la cualidad de poeta ingenioso y fácil, sobre todo quien es hablista puro y acreditado, será colaborador útil para sus tareas, autoridad respetable para sus fallos, guardador concienzudo del tesoro que le está confiado. Y por eso, no por vuestros hábitos, sino con ellos y todo, os ha destinado la silla que ocupó el festivo y profano autor de *El Hombre de Mundo;* doble motivo, Señores, para que yo esta vez cumpla personalmente el honroso y arduo encargo de contestar en vuestro nombre. El nuevo compañero me vá á desposeer de la más piadosa de las prerrogativas presidenciales, llevando ante Dios mismo la voz de la Académia, invocando su inspiracion y dándole gracias por su asistencia; además viene á ocupar el puesto de aquel que yo amaba con fraternal cariño, y cuyos religiosos y cristianos afectos conocia.

Debo, pues, dar la bienvenida al sacerdote, á quien hasta ahora he suplido indignamente, y ofrecer el parabien al escritor insigne, que por serlo, y no por otra causa, habeis llamado para suceder, si no para reemplazar al inspirado imitador de los Salmos.

Deshecho así el único error que, en mi entender, contiene el bello discurso que acabais de oir; error grave sin duda, pero tan somero y aparente, que cada uno de los oyentes lo desmentía con la razon, al propio tiempo que lo percibía con el oido; error, además, tan poco vividero, que le estaba dando muerte con su propio razomiento el mismo que lo propalaba con su modestia; debo confesaros un singular efecto que en mi mente ha producido.

¿Habeis notado alguna vez, cuando otro lee en un papel demasiado tenue, cómo, trasparentándose los renglones, vais acompañando la lectura, bien que percibais inversas las letras y las palabras? ¿No os ha acontecido otras veces, al mirar reflejada en un espejo una persona cualquiera, por

ejemplo, un caballero de hábito, sorprenderos de ver trocado su ademan, bien que reproducida su figura, llevar á zurdas en el trasunto la espada, aunque la tiene en la mano diestra, la venera que ostenta sobre el corazon aparecer en el cristal bordada sobre el lado derecho?

Pues eso cabalmente me aconteció la primera vez que tuve la honra de escuchar el bello discurso que os estaba dedicado. El orador probaba que *La verdad divina da eminente esplendor á la palabra humana;* y yo, reconociendo la razon que le asistía, y sintiendo las bellezas de que hacia larga muestra, veia tambien, invirtiendo los términos, que *La palabra humana daba eminente esplendor á la verdad divina.*

Sobre esto habeis de consentir que os presente algunas observaciones, no con ánimo de disertar, ni siquiera de responder, sino para recoger algunas flores que, como al descuido, pero con caritativa prevencion, ha dejado á mi alcance el piadoso sacerdote.

Sí: su discurso mismo, su ejemplo, es una prueba del glorioso esplendor que presta á la divina verdad la palabra del hombre, y áun esto es un motivo más para que nosotros nos dediquemos con afan á perfeccionarla, y un justo título de orgullo para los españoles, que poseen desde la infancia el idioma del cual se ha dicho que es el más adecuado para hablar con Dios.

Que la palabra es el cántico más propio para celebrar á la Divinidad, fácilmente se comprende; ni hay necesidad de remontarse mucho por las asperezas de la mística, ni de profundizar hondamente en los secretos de la Biblia.

Cœli enarrant gloriam Dei, et opera manuum ejus annuntiat firmamentum, dice el cantor sagrado..... Pero tambien añade: *Ex ore infantium et lactentium perfecisti laudem.*

Que si los cielos narran las glorias del Hacedor, y el firmamento se confiesa obra de sus manos, para hallar alaban-

za digna de Él, es decir, perfecta, es menester recurrir á la palabra, oyéndola áun de los labios de los pequeñuelos.

Imitad sinó el manso susurro de las cristalinas fuentes, y el apacible murmullo del aire entre los frondas, y el armonioso gorjeo de las pintadas aves, y quizá os parecerá todo un himno de alabanza á la divina hermosura; y paraos luégo al espantable rugido de las fieras, y al horrísono bramido de los huracanes, y al estallar del trueno, y al pavoroso estruendo de los mares, y pensaréis que os hablan acordes de su eternal grandeza.

Pero ¿quién cantará lo que es en Él primero? Su bondad. ¿Quién hablará de su justicia? ¿Quién invocará su misericordia? Cada una de aquellas voces y todas ellas juntas no lo dicen, y si Dios no abre los labios del hombre, ¿qué boca anunciará dignamente su alabanza?

¿Qué voz hay, ni en dulzura, ni en extension, ni en poder, comparable con la humana palabra? Gorjeo que en cada uno de sus sonidos lleva una idea; trueno tan profundo, que arranca desde los abismos de la inteligencia; tan extenso, que se comunica á las naciones que caen al otro lado de la tierra; tan duradero, que lo oirán las generaciones que aún no han nacido; tan simpático, que hace correr por extraños ojos las lágrimas que brotan de lo íntimo de nuestro corazon; y tan poderoso, que desarma la ira misma de Dios allá en lo más elevado de los cielos.

Bien se me alcanza que todos estos encarecimientos se refieren al dón de la palabra, y no hacen relacion á idioma de pueblo determinado, ni ménos á género alguno de poesía. Pero ¿qué es cada idioma, sino una voz que se aduna al concierto universal con que la humanidad entera celebra á su supremo Hacedor, y cada pueblo al sumo Legislador de las sociedades, y cada criatura al misericordioso Artífice de la belleza increada?

¿Qué es la poesía, sino como una nota más alta ó más tierna de esa misma voz; que penetra, por tanto, más y se perpetúa mejor en la memoria de los pueblos?

Pero áun concretando nuestras observaciones al amadísimo y rico idioma cuya pulcritud, fijeza y brillantez os están encomendadas, saltará fácilmente á la vista que, como ha dicho el nuevo académico, la verdad divina le ha prestado vivífico esplendor, y que, cual yo pretendo, su habla armoniosísima y potente ha prestado esplendor á la verdad religiosa.

Tres son las principales fuentes en que se bebe la inspiracion poética, relacionadas (¡cosa admirable!) con las tres facultades más poderosas de nuestro espíritu, y áun hasta cierto punto con los tres géneros de belleza que el Sr. Fernandez ha examinado.

Unas veces recordamos personajes, dichos, sucesos ya pasados, y agrupándolos con arte, los narramos con verdad y belleza; la memoria es en tal caso nuestro principal agente; á la memoria de nuestros venideros determinadamente nos enderezamos: entónces la manifestacion poética de nuestra inspiracion es la epopeya, la leyenda, el romance histórico.

En otras ocasiones nuestra razon se afecta con el espectáculo de las pasiones humanas y de sus risibles accidentes y de sus pavorosas catástrofes; damos á lo que vemos esparcido en la sociedad (como el oro entre arenas) forma plástica y fin moral; rematamos (segun dice un gran filósofo) la obra más acabada y grata del sentido comun, es decir, del entendimiento, y ofrecemos á los contemporáneos su manifestacion poética en una de las múltiples ramas del poema dramático.

Otras veces, en fin, nuestra fantasía se exalta con el anhelo de lo ideal, zarpa en busca suya desde este puerto de la realidad, en que está amarrada durante la vida, se

lanza por rumbos desconocidos y por mares sin término en demanda de nuevos climas y de nunca visitados horizontes. Obra es ésta de la voluntad sobreexcitada, esto es, del entusiasmo, que impele al hombre hácia la contemplacion de tipos perfectísimos, los cuales sólo existen á la parte allá del mundo material: la poesía lírica es la expresion de este sentimiento. Casi pudiera decirse (si no se temiese el gongorismo) que la lírica es el libro de derrota de esta interminable navegacion del espíritu hácia la belleza ideal.

La poesía, pues, no tiene en su cítara sino tres cuerdas: la épica, la dramática, la lírica; á compas de ellas, ora narra, ora imita, ora canta.

¿Y no hay tambien alguna, aunque remota, analogía con los tres géneros de belleza de que ha hablado el nuevo Académico? La belleza material, que preside á los hechos y reina en la epopeya; la belleza moral, que escoge los ejemplos é impera en el drama; la belleza intelectual, que no reside sino en la parte más elevada de nuestro espíritu, y que inspira la oda.

Pues, ahora bien, poco debe haber estudiado la historia de nuestra poesía quien desconozca el gran lugar que en cada uno de sus tres géneros ocupa la verdad católica. Abrid nuestros historiadores, nuestros críticos, nuestros preceptistas, y ellos os dirán que el poema español fué concebido en las celdas de nuestras abadías ó narrado en los claustros de nuestros monasterios. Ellos os referirán cómo las bóvedas de nuestras catedrales y las lámparas mismas del tabernáculo alumbraron el nacimiento del drama; y no ocultarán que el salterio y el órgano acompañaron los primeros cánticos de la poesía lírica castellana; y habrá quien se adelante á decir que el fin y propósito principal, el solo digno de todas esas obras de ingenio, es el de encaminar el alma del individuo y guiar el progreso de los pueblos por los senderos de la civi-

lizacion cristiana, única verdadera, única liberal, única digna del hombre y de la humanidad.

Yo, sin poder ni deber consagrarme á tésis tan vasta, me limito á recordar que lo mismo los poetas de relacion, que los de imitacion, que los de aspiracion, los épicos, los dramáticos y los líricos, han tomado á su cargo, por íntimo convencimiento y por tributo de gratitud, *dar esplendor con sus obras á la verdad católica;* es decir, tornarla más clara, más fácil, más popular.

Hubo un tiempo en que coexistian en España los restos de la cultura romana ya corrompidos, y las feudales costumbres de los visigodos, y el sensualismo importado por los musulmanes, resultando de todo aquello un conjunto abigarrado y deforme, que degradaba al indivíduo, que desorganizaba la familia, que tornaba imposible la nacionalidad. Y con todo, existia en medio de nuestro país un principio fuerte y vivificador, capaz de remediarlo y fundirlo todo; pero existia oculto en el santuario, como la lámpara del tabernáculo, sin arrojar su claridad á la parte afuera de aquellas bóvedas. *Et tenebræ eam non comprehenderunt.* Era preciso que una voz popular predicase aquel principio en las plazas, y que un familiar dialecto le abriese las puertas del hogar, y que el mágico encanto de la rima lo grabase en la memoria como en el corazon de todos.

Y entónces la poesía comenzó aquella grande obra..... la obra de dar con la palabra castellana esplendor popular á la verdad católica; y aparecieron los poemas de *El libro de los Reyes d' Orient* y la *Vida de Madona Santa María Egipçiaca.* El *de los Reyes*, á pesar de su título, tiene por protagonista al bueno y al mal ladron; y lo mismo esta leyenda que la otra de la *gran pecadora de Egipto* se dirigen á probar, y prueban en efecto, la regeneracion de uno y otro sexo por virtud de la penitencia, la posibilidad de purificar las es-

corias de aquella sociedad con el fuego vivificante de la fé.

Por aquellos dias tambien vino á luz el *Poema de mio Cid.* La crítica escéptica del siglo pasado ha puesto en tela de juicio, no como quiera, sino la existencia misma del héroe Rui Diaz. En cambio, los progresos de la erudicion y de la filología en el presente la han demostrado hasta la evidencia; no alcanzando, sin embargo, á poner en claro el nombre del autor de aquel célebre códice.

Ni aquella negacion ni esta oscuridad dañan, con todo, á nuestro propósito. ¿Qué prueba aquella duda, sino que el Cid es, además de una personalidad real y verdadera, un tipo ideal, una encarnacion unipersonal de la nacionalidad española? ¿Qué se deduce del velo que oculta el nombre del poeta, sino que su obra, más bien que parto de un ingenio, es agregacion espontánea y premeditada de las tradiciones de un pueblo entero, ó quizá de las de dos razas rivales en valor y enemigas en religion?

¿Y qué demuestran, pregunto yo á mi vez, qué glorifican de consuno héroe y poema? Que la religion, que la verdad católica era el gran móvil de las individuales proezas, y el mejor escudo de la independencia patria, y la espada mejor templada para la reconquista de nuestro suelo. Cierto, Señores, que el poeta que tales trofeos colgó junto al altar, prestó grande esplendor á la verdad inefable que en él lucia.

El camino estaba ya comenzado; pero ni estaba anunciada su extension, ni señaladas las jornadas que habian de hacerse. Pocos años despues, un poeta, no ya anónimo, sino conocido y venerado, marca con su ejemplo los límites vastísimos adonde la musa religiosa habia de llevar su jurisdiccion. Me refiero al preste Gonzalo de Berceo.

Que los poetas sacros popularicen las tremendas verdades del Antiguo Testamento, como él cantó *De los signos que apa-*

recerán ante del Juicio; que narren y bendigan las consoladoras verdades que se desprenden de la nueva Ley de gracia, como él lo hizo en *Los loores*, y en *Los milagros de Nuestra Señora*, y en el *Duelo de la Vírgen el dia de la Pasion de su Fijo;* que perpetúen en la memoria de los hombres las hazañas de los que vertieron su sangre por la fé y los merecimientos de los que fundaron en nuestro suelo la doctrina y la civilizacion católicas, como él lo realizó en *El Martirio de San Lorenzo* y en las *Vidas de Santo Domingo de Silos y de San Millan de la Cogolla;* que, en fin, se extiendan hasta explicar en lenguaje vulgar y rima fácil los más inefables sacramentos del dogma y las más augustas ceremonias del rito, como él lo consiguió en *El sacrificio de la Misa.* Tan vasto es el campo y tan largo el camino que el poeta del siglo XII, Gonzalo de Berceo, abrió á la musa religiosa de su patria.

Como triunfadora, que no como peregrina, lo ha recorrido ciertamente; pero ni puedo yo en breve rato compendiar la obra de siete siglos, ni me lo consentiria mi escasa erudicion y vuestra probada benevolencia; con todo, habiendo el Sr. Fernandez elocuente y justamente recordado á Klopstock y á Milton, sería en mí faltar al patriotismo y hasta á la cortesía no indicar siquiera que ántes que el luterano protegido del antiguo ministro Moltke escribiese su *Mesiada*, un sacerdote español habia consagrado su númen, en armoniosas, fáciles y sentidas octavas, á la Pasion del Redentor del mundo.

La *Cristiada* de Hojeda es por sí sola una joya que podria enriquecer la musa religiosa de cualquier pueblo.

Citaré sólo algunos trozos del libro VIII, canto de *Los Azotes.*

Jesus está resuelto á morir por los hombres. Pilato, para evitarlo, lo ha condenado á ignominiosa flagelacion. Los es-

píritus infernales resuelven en asamblea venir á la tierra para aumentar los tormentos del Hombre Dios.

Lucifer dice á este propósito:

«Mucho se encubre aqueste Dios humano,
Mucho se encubre, no lo he conocido:
Ya me parece un hombre soberano,
Ya un Dios á mil bajezas abatido:
En vano he trastornado el mundo, en vano
Estorballe la muerte he pretendido;
Si es Dios, parece que morir procura;
Si es hombre, de la vida no se cura.
»Sea quien fuese, claramente vemos,
En lo que habeis con trazas intentado,
Que impedille la muerte no podemos,
Pues todas, todas, nos las ha frustrado:
. . . .
. . . . la muerte quiere,
Muera, pues, con mil muertes, ya que muere.
»Tomemos de él una mortal venganza,
En él hagamos un furioso estrago:
De quitalle el morir no hay esperanza;
Muera, y de sangre vierta un grande lago.
Cada cual tiña en su dolor su lanza;
Del mal que nos ha hecho lleve el pago.
¡Sús! mis bravos leones, id apriesa
Al mundo en tropa oscura y banda espesa.»
Dijo; y los furibundos escuadrones
De espíritus á rabia condenados
Suben á las diáfanas regiones
De los aires, en clara luz bañados,
Y en centurias, cohortes, y legiones
Partidos van, sin órden concertados,
Y todos juntos al pretorio llegan,
Y allí alborotan cuerpos, y almas ciegan.

Desconfia Lucifer de su empresa, por el favor con que el pueblo miraba á Jesus; pero luego dice:

Ni en mudos bultos la triforme luna,
Ni en turbulento mar veloz galera,
Ni en rodar con presteza la fortuna,
Ni al recio vendaval hoja ligera,
Ni á la corriente de aguas importuna
Delgado junco en húmeda ribera,
Es tan presto, tan fácil, tan instable,
Como es el vulgo en elegir mudable.

Al cabo se mezclan los demonios entre los enemigos de Jesus, y comienza el suplicio de éste:

Llegan, pues, los verdugos cohechados,
Y comienzan con ímpetu furioso
A desnudar los miembros delicados
Del Señor de señores poderoso:
Con modo vil y agravios nunca usados
El vestido le quitan religioso
Y hecho por las manos virginales
De la Reina de reyes inmortales.
Allí le dan crueles empellones
Y le dicen palabras desmedidas;
Ofénden le con duros bofetones
Y desprecios y burlas atrevidas:
Afrentas buscan, buscan invenciones
Nunca pensadas y jamás oidas,
Con que dalle dolor, causalle pena,
Y el infierno las halla y las ordena.
Todo lo sufre con amor suave,
Y callado, el mansísimo Cordero,
Que del supremo bien tiene la llave
Y es de Dios puro el resplandor sincero
. . . .
Obedeciendo á la canalla cruda,
Que desnudarle manda, se desnuda.
Descubre aquellos brazos admirables
Que de los orbes ciñen la gran rueda,
Y los divinos hombros incansables
Adonde está como en su centro queda;
Y aquellos pechos á la esposa amables,
Do mora la beldad graciosa y leda,
Y las columnas sobre basas de oro,
Fábrica celestial, sumo tesoro.
Bien así cual doncella generosa
Que al limpio estanque da su carne pura,
En el agua se mira vergonzosa
Cuando retrata en ella su figura;
Y si tropa de gente maliciosa
La vido y codició su hermosura,
Torna, con la vergüenza que la mueve,
En grana carmesí la blanca nieve;
Así Cristo, mirándose desnudo
A los ojos de aquella infame gente,
De la vergüenza el sentimiento agudo
No reprimió y brotó sensiblemente:
Habló con lengua roja el licor mudo,
Que comenzó á teñir su blanca frente,



Y el cuerpo bello de marfil preciado
Fué con ardiente púrpura ilustrado.
Los ángeles, que á Dios desnudo vieron,
En la tierra temblando se postraron,
Humildes gracias por su amor le dieron,
Y dignas alabanzas le cantaron;
Y aquella santa desnudez sirvieron,
Y los divinos miembros adoraron
Con aquestas dulcísimas razones,
Nacidas de admirados corazones:
«Salve, tú, que de luz hermosa el cielo,
Y de arreboles vistes la mañana,
De flores várias el pintado suelo,
Y de ilustre candor la nieve cana:
Salve, desnudo, y general consuelo
Del alma pobre y con su Dios ufana;
Que por vestir al hombre despojado
Desnudas hoy tu cuerpo venerado.»
. . . .
Llegan á la columna el cuerpo santo,
Y átanle con rigor los brazos nobles,
Y los estiran y adelgazan tanto,
Que á fuerza tal rompieran secos robles:
El humor de las venas sacrosanto
Revienta y tiñe los cordeles dobles,
Y las manos se hinchan abrasadas,
Y gimen las muñecas apretadas.

Jesus levanta entónces los ojos al Eterno Padre y dice:

«Tú, por el hombre, por el hombre fiero,
Que así me afrenta, mi afliccion recibe;
Azotes de su cruda mano espero,
Y á dármelos sañudo se apercibe:
Aunque son de tu Hijo dura ofensa,
Admítelos ¡oh Padre! en su defensa.»
Dijo; y ya dos verdugos rigurosos,
De fuertes hombros y robustos pechos,
Dos azotes alzaban espantosos,
De gruesas varas cimbradoras hechos:
Mostrábanlos alegres y furiosos,
En los brazos blandiéndolos derechos,
Y á la bendita carne amenazaban,
Y á los divinos miembros se encaraban.
Con bravo són crujieron, sacudidos
De aquellas manos, por su mal valientes,
Y llegaron á dar, descomedidos,
En los miembros de Dios resplandecientes:

Parad, parad, verdugos atrevidos,
Parad, parad los brazos insolentes;
Que no es razon que ese castigo infame
La furia sobre el mismo Dios derrame.
. . . .
Yo pequé, mi Señor, y tú padeces;
Yo los delitos hice, y tú los pagas:
Si yo los cometí, tú ¿qué mereces,
Que así te ofenden con sangrientas llagas?
Mas voluntario tú, mi Dios, te ofreces,
Tú, del amor del hombre te embriagas,
Y así, porque le sirva de disculpa,
Quieres llevar la pena de su culpa.
. . . .
Hierve la sangre y corre apresurada,
Baña el cuerpo de Dios y tiñe el suelo,
Y la tierra con ella consagrada
Competir osa con el mismo cielo:
Parte líquida está, parte cuajada,
Y toda causa horror y da consuelo:
Horror, viendo que sale de esta suerte;
Consuelo, porque Dios por mí la vierte.

Dice Jesus:

«Por esta noble sangre, ¡oh Padre mio!
Con mi persona y su valor unida;
Por esta voz cansada que te envio,
Apénas de los labios despedida;
Por este de mi rostro sudor frio
Y por mi caridad jamás vencida,
Te suplico, buen Dios, que los perdones
Y ablandes con amor sus corazones.»
. . . .
Queda Cristo sin fuerza respirando,
Que al un aliento alcanza el otro aliento,
Y pobre ya de anhélito, acerando,
Del resuello le priva el sentimiento:
Aun el aire ¡oh gran Dios! te va faltando
Para el usado y propio movimiento.
¡Qué más pobreza, oh Rey, qué más pobreza!
Y para el hombre, ¡qué mayor riqueza!

Aquí se dirige á la humanidad el fervoroso Hojeda, y clama:

No te digo ¡oh cobarde! que padezcas
Semejante pasion, igual trabajo,

Ni que á la muerte por su amor te ofrezcas,
Si eres de ánimo vil, de pecho bajo;
Sólo pido ¡oh cristiano! que agradezcas,
Y será un breve y provechoso atajo,
Su gran pasion, y pienses con gran pausa
Quién la lleva, y por quién, y por qué causa.

Bien se conoce con cuán amorosa solicitud estudió este pasaje el insigne Académico, maestro comun del ilustre recipiendario, de su inolvidable predecesor y mio tambien, Lista, cuando dice en la mejor de sus composiciones:

Cesad, cesad, crueles;
Al justo perdonad, muera el malvado;
Si sois de un justo Dios ministros fieles,
Caiga la dura pena en el culpado;
Si la impiedad os guia
Y en la sangre os cebais, verted la mia.

Como por la mano y sin intencion nuestra nos ha traido el asunto á hablar del gran preceptista, compatriota del nuevo académico y antecesor suyo, no en este sitio solamente.

Pues él tambien casi comenzó su carrera poética cantando el mismo asunto que Milton; y si su corta edad, y (no puede dudarse) su estro inferior al del Homero inglés, le dejaron vencido, no por eso prescindió de aumentar con los primerosdestellos de su númen el vivo esplendor de la verdad bíblica.

Hízolo con una riqueza de colorido y una exuberancia de estilo que no alcanzó luégo en los mejores frutos de su ingenio.

Lo prueba, entre otros pasajes, éste, tomado al acaso, en que pinta el poeta la formacion de Eva:

Glorias tantas la tierra ya gozando,
Otra nueva, gran Dios, añadir quieres,
En nueva imágen tuya al hombre dando
Una fuente ignorada de placeres;
Infundiendo en sus miembros sueño blando,

Su pecho con benigna mano hieres,
El duro hueso animas, y de él labra
La mujer bella tu eternal palabra.
Cual la lumbrosa frente coronada
De oro radiante y pura argentería,
Rompe el mar de la aurora sonrosada
El claro sol, iluminando al dia;
Ante su rostro el aura regalada
Los bulliciosos céfiros la envia,
Que en juegos mil girando mansamente
Vuelan por las campiñas del Oriente.
Así ve amanecer naturaleza
A la que de sus ámbitos señora,
De majestad ornada y de belleza,
Con más templada luz los orbes dora;
En torno con graciosa ligereza
Vaga el gozo y la risa encantadora;
Y amor, el santo amor, al lado brilla
Del placer puro y la virtud sencilla.
El hombre, al verla, dulce fuego siente
Dilatarse en su seno, y la sincera
Gratitud rinde al Sér omnipotente,
Y su esposa la llama y compañera.

Me es, Señores, hasta cierto punto sensible dejar de hablar de la epopeya castellana sin decir cosa alguna de muchos poemas piadosos que la ilustran, ni mencionar siquiera uno de los más bellos, *el San José*, de Valdivieso, cuyas armoniosas y robustas octavas recitaba en su agonía nuestro inolvidable compañero Pastor Diaz. ¡Que tanto esplendor difunde áun en los umbrales de la muerte la clarísima luz de nuestra poesía religiosa!

Pero, á decir verdad, no es la cuerda épica la más abundante y sonora de la lira española: la corona dramática es, á no dudarlo, la que nos da, no ya la soberanía en la república literaria, sino carácter especial y distintivo en el certámen de los pueblos cultos.

Quizá eso que hoy se llama la concentracion de las grandes nacionalidades, ó el sacudimiento providencial de las revoluciones, logre como el huracan que disipa el humo de la pólvora, borrar de la memoria de los estados europeos

las hazañas de los Leivas, Toledos y Córdovas; quizá tambien, como se perdió en el mar el surco de las famosas caravelas, desaparezca el rastro de toda gratitud, y hasta el recuerdo del pueblo que llevó á un nuevo mundo el conocimiento del verdadero Dios, y trajo al regazo de la civilizacion la mitad de la familia humana. Quizá, cosa que parece aún más difícil, la raza de los panzistas se multiplique sola en el mundo, y sobreviva y entierre y olvide al pueblo ingenioso é hidalgo, religioso y valiente, amparador de los desvalidos, enderezador de entuertos, amante casi desrazonable de todo lo noble, de todo lo bello, de todo lo justo..... y entónces los pensadores preguntarán en sus escritos: ¿qué debe la civilizacion de la humanidad al cetro de Alonso el Sabio, á la nave de Colon y á la pluma de Cervántes?

Pero todavía despues que eso haya pasado, y ántes que Mr. Guizot haya formulado esa injuriosa pregunta, acontece que allí cerca del Sena el mayor de los ingenios franceses, Corneille, ha dado carta de naturaleza al *Cid* del humilde español Guillen de Castro..... y acontece tambien que ántes que el victorioso Emperador germano surcase con sus cureñas las alamedas de Luis XIV y alumbrase con sus bombas el teatro de Richelieu, allá en su nebulosa Alemania sonaba al par que su nombre el de Goëthe, y este genio del Norte se ufanaba con su *Fausto*..... Fausto..... que si en concepto de unos es de raza pura anglo-sajona, en opinion de otros tiene parentesco, y no por cierto muy oculto, con *El Mágico prodigioso* de Calderon; y áun despues, mucho despues de que la Europa nos olvide y que la América nos desconozca, no habrá nacion alguna donde no viva y triunfe aquel D. Juan Tenorio que engendró en su pobre celda de Madrid el célebre mercenario Tirso de Molina; ni se hallará pensador que deje de admirar es-

otro hijo del mismo ingenio, *El Condenado por desconfiado*, drama esencialmente religioso, apoteósis de la fé, que salva á los pecadores, y sentencia de la codicia y de la desconfianza, que condena áun á los justos.

¡ Extraña coincidencia! siete siglos há que la basílica toledana prestaba sus bóvedas para dar, al compasado són de una recitacion salmódica, en lengua vulgar esa misma leccion moral, y un nuevo espectáculo escénico de la *Vida del buen Ladron;* y no há muchos años que en nuestro teatro volvia á aparecer igual personaje y á predicarse la propia enseñanza, bien que con lengua ya rica y en majestuosa y culta poesía.

Providencial circunstancia, la de principiar y terminar el catálogo de nuestros dramas religiosos con el propio argumento y el mismo personaje. Noble y santa inspiracion, la de nuestro compañero en consagrar una de sus más bellas coronas como en ofrenda á la fé inalterable de nuestros padres.

Pero ese preclarísimo ingenio se sienta entre nosotros, y la más vulgar delicadeza me aconseja apartar de sus oidos la merecida alabanza, y de mis labios hasta la sombra de la lisonja.

Ni puedo tampoco insistir más en el análisis del drama religioso, porque éste fué asunto de un discurso inaugural que la Academia aplaudió años hace, y porque su infatigable y erudito autor, juntando las pruebas á los asertos, y los datos históricos á las conjeturas críticas, ha publicado ya con vuestra direccion y patrocinio, numerosos y preciosísimos códices, que ponen en claro los orígenes religiosos indudables, y hasta hoy no bien apreciados, de nuestra literatura dramática.

Por otra parte, no hay para qué allegar pruebas; cada cual puede escogerlas á su gusto; elija la época que le agrade y el autor que le plazca, y seguro está de ser fácilmente

satisfecho. No hay libro alguno, del Antigno ni del Nuevo Testamento, que no haya hallado en nuestra escena doctos y amenos expositores; no hay Confesor de la fé ni bienaventurado Patrono que no haya tenido en las tablas su panegirista, ni máxima ó parábola evangélica que no haya tomado forma plástica..... y lo que es más, ni misterio inefable, ni sacramento santo, que no haya logrado forma perceptible y material y poética demostracion.

Y aquí no es posible pasar en silencio los autos sacramentales, privilegio exclusivo del teatro español, género admirable, consagrado puramente á dar esplendor visible y real á la verdad eucarística, la más oculta sin duda y la más dulce de cuantas enseña el dogma católico. Estas representaciones no han desaparecido del todo de la vista del público; id, si no, á Valencia en la estacion florida en que embalsama su ambiente el perfume del azahar, y veréis en sus plazas y encrucijadas representarse ante la apiñada muchedumbre los *Milagros de San Vicente.*

Era Ferrer penitente y virtuosísimo dominicano, hijo del pueblo, más elocuente con su ejemplo que con su palabra; era el orador sagrado de que dice Vega:

Cuya elocuencia milagrosa es fama
Que mueve á gentes de diversas lenguas,
Cual si en la suya propia les hablára.

Era además diputado en las Córtes del Reino, compromisario en Caspe de la soberanía nacional..... y de tal modo administrador de esa soberanía, que hizo, usándola, el mayor milagro. Dió un reino á quien no lo deseaba, elevó á un trono español un rey español, puso la corona de Aragon en las sienes del más virtuoso príncipe de Castilla.

Pues bien, los afectos y depositarios de la soberanía nacional no han erigido monumento á ese su preclaro mode-

lo; los apasionados y alumnos de la elocuencia han olvidado á ése, que conmovia con la suya los pueblos y daba coronas..... Sólo la Iglesia, madre cariñosa y no olvidadiza, ha erigido un altar al hijo bienaventurado..... y sólo el teatro popular aumenta anualmente en escénicas representaciones el esplendor de aquella fama verdaderamente perdurable.

Casi las mismas palabras que hemos dicho hablando de la poesía dramática, pueden aplicarse á la lírica; la misma nobleza en su orígen, la misma extension en sus asuntos, la misma santidad en sus fines. Sacerdotes fueron los primeros autores del drama, y un rey es el primero que encontramos en la historia de la lírica; como si en aquel tiempo en que para defender la patria se recibia la espada al pié de los altares, sólo manos ungidas con el óleo santo fueran dignas de pulsar la cítara que civiliza los pueblos.

Alfonso se llamaba el Rey, con el nombre del conquistador de Toledo y del vencedor de Las Navas; sus contemporáneos le llamaron *el Desventurado*, la historia le da renombre de *el Sabio:* sabio y desventurado fué en verdad, ¡y cuántas veces en el mundo han ido juntos esos dos epítetos!

Su inteligencia, verdaderamente *soberana*, cuando queria poner á prueba su razon y ejercitar su cálculo, medía el curso inmutable de los astros y describia las esferas estrelladas del firmamento; legándonos esos magníficos *Libros del saber*, que nuestra hermana la Academia de Ciencias ha dado lujosamente á la estampa. Cuando evocaba su tenaz memoria y ordenaba el vastísimo tesoro de las tradiciones, escribia la *Crónica general de España*, que es justo objeto de admiracion á nuestra hermana de la Historia. Si luégo intenta por su derecha voluntad enderezar la de sus súbditos y reducir á reglas el difícil arte de reinar y de juzgar, levanta el imperecedero monumento legal de *las Siete Partidas*, que los doctos Académicos de Ciencias Políticas

estiman como el patrimonio de sus padres y la honra de su patria.

Pero cuando, amén de eso, su sér entero se transfigura, cuando su corazon late con desusado impulso y su mente quiere alzar el vuelo más alto, entónces da de mano á los terrenales cuidados y al estudio de humanas escrituras; entónces elige de entre los dialectos de su reino el más dulce; poeta y músico, toma la cítara y eleva al cielo esas admirables *Cántigas*, que ahora mismo trata nuestra Academia de sacar modesta, bien que dignamente, á la admiracion pública.

¿Y hay que decir cuál es el único objeto de aquel inspirado libro? ¿Quién la señora de los pensamientos, de la cual pretende ser trovador y por cuyo amor desprecia toda otra pasion? Pues oigámosle.

Esta dona que tenno por Señor
é de que quero seer trobador
se eu per rem poss aver seu amor
don ao demo os outros amores.
Rosa das rosas é flor das flores,
dona das donas, señor dos señores.

(Cántiga x.)

Desde entónces puede con razon decirse de los líricos españoles que arreglaron su inspiracion *ad exemplum regis.*

Verdad es que *el renacimiento* de las antiguas artes y literatura sobrevino siglos adelante y trajo al comercio intelectual la mitología pagana y las formas clásicas. Verdad es tambien que la poesía lírica entre nosotros se plegó más á esa influencia que los otros géneros de poesía, y que Apolo fué su divinidad y Horacio su pontífice.....

Pero esto, que afectó la forma extrínseca, no entibió siquiera el intrínseco fuego de nuestras creencias, ni torció el rumbo de nuestra inspiracion poética.

Dos escuelas nacieron á la verdad: la una apasionada de lo antiguo y de lo romano, imitadora de lo clásico; la otra defensora de lo contemporáneo y de lo español, entusiasta del patrio romance..... En cuanto á católicas, no hicieron diferencia.

Para probar que los poetas clásicos no dejaron de ser piadosos, basta citar algunos de sus preclaros nombres. Los venerables Malon de Chaide y Luis de Leon, segun algunos San Francisco Javier, para admiracion de todos San Juan de la Cruz. ¿Qué habian de ser tales sujetos en sus escritos sino lo que eran en sus acciones, pregoneros de la eterna verdad? ¿Qué habian de ser sus obras literarias sino lo que eran sus obras humanas, holocausto de justa alabanza al Dios verdadero, cuyos templos vivos eran ellos mismos en la tierra?

Pues la otra escuela, la que tenía por principal instrumento las coplas y el romance vulgar, no procedia de otra manera; entre sus alumnos cuenta á varones tan ejemplares como Jorge Manrique, Fray Pedro Padilla, Calderon y otros; y verdaderos serafines del amor divino, como Santa Teresa de Jesus y Sor Marcela de San Félix; y aunque así no fuera, la misma sencillez del estilo, el anónimo guardado casi siempre, indican bien que aquellos cantores no hacian de su lira instrumento de propia vanidad, sino de sobrehumano culto; que para ellos la religion no era, como la mitología pagana, incentivo y adorno del estro, sino que, por el contrario, el estro mismo no era otra cosa que manifestacion sincera de su fé; accidente, por decirlo así, y adorno de su piadoso culto. De ellos hubiera podido con razon decir Horacio:

Non fumum ex fulgore, sed ex fumo dare lucem.

De aquí se origina un fenómeno poético, que ha dado mu-

cho en que entender á los críticos, y que contradice en parte los cánones de los preceptistas. Con pedestre y vulgar romance se han expresado los pensamientos más altos y los misterios más sublimes; y el verso, y la forma que no desdeñára el sensual Horacio y el enamorado Ovidio, se han prestado á los éxtasis y arrobamientos del místico amor divino.

Si de ello se necesitasen pruebas, bastaria recordar el romance anónimo en que se define y analiza el más augusto y el primero de los misterios: la Trinidad:

Es Dios un sér sin mudanza,
Un acto puro sin mezcla,
Sustancia sin accidente,
Tres personas y una esencia.
En las tres hay un poder,
Un querer y una grandeza,
Un saber, una bondad,
Una misma providencia.
El Padre de nadie tiene
Principio ni descendencia,
Y al Hijo en su entendimiento
Eternamente lo engendra.
El Espíritu divino,
Que es la persona tercera,
De entrambos á dos procede,
Siendo una sustancia mesma.
Sale dos veces del Padre
El Verbo, y en él se queda:
La primera es *ab æterno*,
Y la segunda en la tierra.
Tomó un tiempo carne humana
Por obra divina y nueva,
Quedándose Dios en Dios
Y con dos naturalezas.
Al Hijo dan el saber,
Y á su Padre la potencia,
Para mostrar ser iguales
En el saber y en las fuerzas.
El Amor eterno y puro
De gracia las almas llena;
Que como Dios es amor
Hace amorosas empresas,

En lenguas de fuego baja
Sobre las doce cabezas
Oradores de la fé,
Que por eso baja en lenguas.
. . . .
Pero tente, pluma mia,
¿Adónde volar deseas? etc., etc., etc.

Dar esplendor al misterio soberano de la Trinidad está fuera del alcance de la luz de nuestra razon, cierto; pero ¿no procura su brillo y claridad quien lo reduce á fácil lenguaje y armoniosos versos?

Veamos brevemente ahora con qué virgiliano estilo San Juan de la Cruz habla del buen Pastor Redentor del mundo, enamorado del alma, su pastora:

Un pastorcico solo está penado,
Ajeno de placer y de contento,
Y en su pastora firme el pensamiento,
Y el pecho del amor muy lastimado.
No llora por haberle amor llagado,
Que no se pena verse así afligido,
Aunque en el corazon está herido
Y el pecho del amor muy lastimado.
Mas llora de pensar que está olvidado
De su bella pastora con gran pena;
Se deja maltratar en tierra ajena
El pecho del amor muy lastimado.
Y dice el pastorcico: «¡Ay desdichado
De aquel que de mi amor ha hecho ausencia,
Y no quiere gozar de mi presencia,
Del pecho por su amor muy lastimado!»
Y al cabo de un gran rato se ha encumbrado
Sobre un árbol, do abrió sus brazos bellos,
Y muerto se ha quedado, asido de ellos.....
El pecho del amor muy lastimado.

¿Conoceis, Señores, más dulce alegoría de la peregrinacion de Jesus sobre la tierra, ni más delicada y tierna pintura del cruento sacrificio del Gólgota?

Quizá me responderéis que sí, que habeis visto más gala de poesía y más enamorada expresion. Es cierto; pero es en la *Noche oscura* del mismo santo poeta.

Una y otra escuela, la latina importada y la española ingenua, han coexistido y se han propagado hasta nuestros dias; una y otra han tributado filial culto á la verdad católica, y una y otra tambien (dígolo sin vanagloria) han recibido fraternal acogida en esta Academia. No há muchos años ocupaba uno de sus sillones Pastor Diaz, á quien ya he nombrado; era romántico declarado en sus formas, neologista impenitente en su lenguaje, y con todo publicaba en el festivo periódico *El Belen* aquella magnífica coleccion de romances, que en vez de ser broma de Navidad, son una cabal y profunda apología de la civilizacion católica, una poética demostracion del progreso de la humanidad por el cristianismo, y del gobierno directo de la Providencia en el mundo. A este fin divide el poeta la humanidad y áun la naturaleza en otros tantos grupos como son las secretarías del despacho, ó ministerios, en nuestra nacion, y recorre y analiza lo que en cada una ha influido la venida del Mesías.

Oigamos lo que dice de Hacienda, cuyo romance escojo, no por el más poético ni por el más profundo, sino por el más corto:

La HACIENDA tiene un *Gran Libro*
De la Deuda universal,
Escrito en dos anchas hojas
De dos árboles, no más:
En la del árbol de Eden,
Bajo una poma falaz,
Estampó DEUDA INSOLVENTE,
Con sus lágrimas, Adan.
Y en la del leño del Gólgota,
Una sangrienta señal
Entre una Cruz y un Cordero
Rubrica: ¡PAGADA ESTÁ!
Las arcas de su tesoro
No encierran caudales más
Que una diminuta cédula
Con esta promesa Real:
«Inagotables riquezas
En el cielo ha de encontrar
Todo aquel que en nombre mio

Su hacienda á los pobres da.»
Y más abajo con signos
De la garra de Satan,
Entre un azadon y un túmulo,
Este registro infernal:
«En el centro de latierra
El oro guardado está;
A mi reino ha de acercarse
Quien lo quisiere encontrar.»

El insigne poeta cuyo asiento ha heredado el Sr. Fernandez, el inolvidable Vega, tenía modo muy distinto de sentir y de expresar, pero no tenía distinto modo de creer. En él el buen gusto era un instinto, el clasicismo un rito. Yo os lo fio; la fé era, igualmente, católica, y la esperanza estribaba en los mismos cimientos.

Allá, en los primeros años de su juventud, por estudio más que por inspiracion, imitaba en los sagrados libros el *Cantar de los cantares*..... pero yo le vi en el ocaso de la vida, cuando su mano no tenía ya fuerza para volver la hoja de un libro, ni su pecho aliento para recitar una octava; yo le oí repetir con voz apagada y enternecidos ojos:

¡Ah! ¡no vuelvas, Señor, tu rostro airado
A un pecador contrito!
Yo abandoné, de lágrimas bañado,
La senda del delito;
Y en Tí, humilde, ¡oh mi Dios! la vista clavo
Y me aterra tu ceño,
Como fija sus ojos el esclavo
En la diestra del dueño.
Que en dudas engolfado, hasta tu esfera
Se alzó mi orgullo ciego,
Y cayó aniquilado cual la cera
Junto al ardiente fuego.
Si en profano laud lanzó mi boca
Torpes himnos al viento,
Yo estrellaré, Señor, contra una roca
El impuro instrumento.
¡Levántate del polvo, arpa sagrada,
Henchida de armonía!
Y tú, por el perdon purificada,
¡Levántate, alma mia!

Hé aquí, Señores, que, contra lo que me habia propuesto, he caido en relatar sucesos de que he sido ó parte ó testigo.

Achaque es éste de los años: envejece el estilo como el cuerpo; y con la edad, nuestros escritos aparecen llenos de episodios y digresiones, como los árboles viejos se cubren de plantas parásitas.

¿Qué remedio? Coged el líquen, que es saludable, y el musgo, que es bello, y perdonad á la pobre encina hasta que el implacable leñador corte por el pié el añoso tronco.

Visitaba yo en cierta ocasion, más por oficio que por virtud, un establecimiento de beneficencia. Admirábame el órden que en él reinaba, el aseo esmeradísimo que le embellecia, el puro y santo ambiente que le animaba. Cada enfermo junto á su blanco lecho tenía una mesa en que se le prevenian los remedios del cuerpo, una imágen á quien encomendaba el remedio del alma; cada sala ostentaba con devocion elegante el altar, cubierto de flores, que atraia las dolientes miradas y embalsamaba el aire.

Y yo, pasando de sala en sala, iba diciendo para mí mismo: ¿Qué milagro es éste, que guarda comodidad y abundancia para la pobreza? ¿Cómo aquí el dolor no es quejumbroso, ni el insomnio impaciente, ni la agonía misma pavorosa? ¿Quién infunde cordura al demente y gratitud al descreido?

Y cuando llegó al extremo el divagar de mi espíritu, fué cuando entré en la parte de la Inclusa, allí donde santas vírgenes dan vida á criaturas á quienes sus madres condenaron á muerte.

Y volvia los ojos á aquellas religiosas, jóvenes, bellas (sí, ¿por qué no lo he de confesar?), y me decia á mí mismo..... Hé aquí unas criaturas que guardan intacta la virginidad de su cuerpo, y que embriagan el alma en las delicias de la maternidad; su labio purísimo no ha sido nunca profanado

con el aliento del amor, y ya brilla fecundísimo en maternal sonrisa..... Así renuevan ellas, en cuanto humanamente es posible, el inefable misterio de Nazaret y de Betlen.

Pero es el caso que, discurriendo en estas imáginaciones (como á menudo acontece), habia olvidado la realidad..... ni pensaba que es forzoso sembrar en la tierra la semilla de la limosna para cosechar en el cielo los divinos frutos de la caridad.

Y así llegué á la puerta de salida, que era diversa de la del ingreso..... Una preciosa imágen estaba allí colocada como cerrando el paso y dando el último adios á los curiosos. Era la Vírgen de la Misericordia; la habia modelado el cincel y la habia colorido la paleta de Zarcillo, á quien yo me atrevo á llamar el Murillo de la moderna escultura en madera.

La Vírgen no estaba vestida de púrpura, ni con manto recamado de flores, ni coronada de estrellas..... tenía sólo ¡extraña fantasía! el hábito mismo de las religiosas hospitalarias, y sobre sus cabellos de oro una guirnalda de frescas rosas, las cuales diariamente renuevan los que cobran la salud en aquel asilo.

El niño Dios tampoco estaba desnudo, como lo representan los artistas del Renacimiento, ni vestido de terciopelo ó brocado, como lo atavian los devotos, mas envuelto en pañales, ni más ni ménos que los pobres expósitos; las fajas azules de aquella Inclusa lo ceñian. Sin embargo, tenía libres los ternezuelos brazos y la divina cabeza; una corona de espinas rodeaba el rubio y rizado cabello, y en su rostro habia retratado el murciano escultor las dos naturalezas..... porque miéntras dos humanas lágrimas brillaban en sus mejillas, una sonrisa verdaderamente *divina* contraia su boca. Tendia en ademan demandante la diestra, prematuramente llagada ya con el clavo de la pasion, y de la siniestra pendia un cartel que decia de este modo:

¿Cómo el que hasta aquí llegó
Sin dar limosna se va?
Sin duda no reparó
Que es mi Madre á quien la da,
Y quien se la pide, Yo.

Señores Académicos, no os recomiendo ni la versificacion ni el estilo; pero de mí sé decir, y el público lo comprenderá, que lo que hice fué poner mano al bolsillo y depositar, en compañía de cuantos me rodeaban, mi ofrenda de caridad á los piés de aquel bellísimo y devoto grupo.

¿No es verdad, Señor Académico, que el oscuro autor de aquel no muy correcto epigrama habia dado esplendor á la más grande y más esencial de las virtudes cristianas, la caridad?

¿No es verdad que la palabra poética ha dado esplendor á la religion; porque con el poema ha popularizado sus héroes, y con el drama ha explicado sus misterios, y con la cancion ha enfervorizado sus afectos, y hasta con el epigrama ha promovido la práctica de sus virtudes, esclareciendo así cuanto debemos creer y saber y practicar?

Pero, ¿cómo podemos nosotros apelar al nuevo compañero, haciéndole juez de causa en que es parte muy interesada? Él, Señores, trae en la mano, por decirlo así, la probanza más cabal de la tésis que yo mantengo.

Hay un género de poesía en el cual se desarrolla una accion interesante y moral por la mediacion de diversos personajes y el contraste de opuestos caractéres, como en el drama; en este género, con todo, conserva el poeta mayor influencia, porque interviene para describir, para narrar y hasta para moralizar sobre los sucesos, como en el poema épico; tiene, además, mayor libertad y anchura, porque puede emplear todos los tonos de la poesía lírica; exige, en fin, cierta brevedad y agudeza, como el epigrama..... y, sin

embargo, no es el drama, ni la epopeya, ni la oda, ni el epigrama: es la *fábula.*

¿Quién hubiera podido pensar que aquel género de ficciones con que Esopo entretenia á los sensuales atenienses, que el liberto Phedro introdujo en la Roma politeista, y con que en nuestros tiempos Lafontaine y Samaniego instruian, si no criticaban, las córtes, no por cierto muy austeras, de Luis el Grande y de Cárlos IV; aquel género, con el cual Iriarte (por un esfuerzo de ingenio) habia enseñado las reglas literarias, se habia de prestar ahora, en manos del sacerdote poeta, á la enseñanza, no ya de la moral cristiana, sino de la vida ascética? Y sin embargo, nada más cierto.

La Bandada de estorninos *demostrará que el que se aparta de la unidad católica perece miserablemente.*

La Azucena, *que el pecador debe poner su esperanza en la proteccion* de *María Santísima.*

Los dos Potros que se solazan en la llana senda del ferro-carril, nos acreditarán que *quien no huye de la ocasion caerá en el pecado.* Y así todas las demás.

¿Quereis ver cómo la más festiva y popular de nuestras combinaciones métricas se presta con brevedad á un poderoso ejemplo y á una sublime enseñanza? Pues oid:

FÁBULA XIII (lib. II).

Un severo monarca
Hubo en lo antiguo,
Que tal condena puso
Al asesino:
¡Llevar acuestas
El horrendo cadáver
La vida entera!
Con sistema tan raro,
El buen difunto
De víctima pasaba
A ser verdugo.
¿Con la conciencia
No sucede lo mismo
Cuando se peca?

¿Habeis olvidado que *el consejo*, *sin el ejemplo*, *no edifica?* Pues oid á *El Esquilon y el Gato:*

FÁBULA IX (lib. I).

Un esquilon muy ladino,
Asomado á su tronera,
Con limpio acento argentino
Llamaba al culto divino
Al pueblo de esta manera:
«Parroquiano,
Mal cristiano,
Vén á misa,
Pues te avisa
Que ya es hora
Mi sonora
Voz del alto serafin.
Tin, tin, tin.
»¡No te pasma
Y entusiasma
Mi desvelo
Y este celo
Con que llamo,
Cual reclamo
Del empírico confin?
Tin, tin, tin.
Oyó el sonsonete un gato
(El rubio Marramaquí)
Desde el tejado inmediato,
Y sin pizca de recato
Hubo de argüirle así:
«¡Linda pieza!
¿No es rareza
Que con tanto
Són de santo
Nunca al templo,
Dando ejemplo,
Descendió tu beatitud?
Miaú..... miaú.
»Así, digo
Que conmigo
Tu palabra
Poco labra,
Pues no tiene
Lo que viene
A dar peso á la virtud.
Miaú..... miaú.»

Quien las virtudes predique
Sin dar á la vez ejemplo,
Que no muy alto repique;
No sea que se le aplique
Lo que al *Esquilon* del templo.

¡Con cuánta razon exclama el sacerdote *Vanitas vanitatum et omnia vanitas* (fáb. XI, lib. I), luégo que el poeta ha pintado con magistral delicadeza el cuadro de

LAS POMPITAS.

Con espuma de jabon
Por un canuto de caña
Soplaba un niño con maña
Pompitas desde un balcon.
En la calle un zagalon,
Viéndolas bajar tan bellas,
Presuroso iba á cogellas;
Mas al tocarlas su mano,
Tornábanse en aire vano,
Sin quedar ni rastro de ellas.
«¡Zagalon, ¡qué necio eres!
(Dice un quidam), pues ¿no ves
Lo que indica y lo que es
Ese globo que asir quieres?
Es tipo de los placeres
Por que los hombres deliran,
Que, cuando léjos se mirau,
Cautivan el corazon;
Mas se ve que nada son
Cuando, al tocarlos, espiran.»

Quizá se arguya que estas máximas son de moral razonable, y no de perfeccion *ascética*..... ó quizá que no hay aquí cualidades nuevas de objetos físicos, aducidas en prueba de verdades metafísicas. Los que así arguyan, no tienen más que abrir el libro para encontrar respuesta.

EL ARMIÑO, EL CASTOR Y EL JABALÍ (actores nuevos en el teatro de la fábula), les enseñarán que *el reino de los cielos padece violencia*. LAS FOTOGRAFÍAS del corazon (ved si puede haber cosa más nueva) acreditarán que EL MUNDO NO ES MÁS *que concupiscencia de la carne y soberbia de la*



vida; y EL CARACOL Y EL CIGARRON, actor tambien poco conocido, le enseñarán hasta con palabra nueva, que el *progreso de la virtud no ha de ser efecto de* FERVORETADAS *de espíritu;* hasta aquel *guiñapo*, que conoció Quevedo, saldrá á plaza en diálogo ó en doblon, *para que nadie juzgue temerariamente á su prójimo.* ¿Quién dudará que pertenece á la ciencia ascética aquel principio de que *la virtud de* LA PRESENCIA *de Dios hace al hombre recto;* y el otro, que le es, por decirlo así, correlativo, de que *el alma que está siempre asomada á los sentidos pierde las virtudes más excelentes?* Pues si álguien lo ignora, no necesita para aprenderlo estudiar las obras de Fr. Luis de Granada ó de Santa Teresa; bastan las dos fábulas de EL GIRASOL y LA VENTANERA.

Dice la fábula VIII:

EL GIRASOL.

Tres flores de un vergel,
Las más hermosas,
Rosa, nardo, clavel,
Presuntuosas,
Preguntaban con ánsia á sus señores
Cuál fuese la mejor entre las flores.
Quién responde «el jazmin»,
Quién «la violeta»,
Quién «la rosa», y en fin,
Para completa
Variedad de sentir en el concurso,
No faltó quien les hizo este discurso:
«Prefiero el girasol
Gallardo y recto,
El amante del sol
El más perfecto,
Que con virtud ajena de una planta,
A la altura del hombre se levanta.
»¿No lo veis con qué afan
A toda hora
Sigue el régio galan
A quien adora,
Y reverente la cabeza inclina
Desde que ve su lumbre matutina?

»¡Vosotras, al reves,
Del bajo suelo
No levantais dos piés!
Y mustio duelo
Os abate y enoja entre desmayos,
Cuando derrama el sol ardientes rayos.
»Por eso con rigor
Y ceño os trata,
Las galas y el primor
Os arrebata;
Y vuestro cáliz, que el aroma encierra,
A la tarde ¡infeliz! ya está en la tierra.
»—¡Hermanas, es verdad!
Mas no os asombre;
Que igual calamidad
Sucede al hombre»,
La rosa dijo, y terminó la escena
Con aquesta leccion, de moral llena:
«El mísero mortal
Que á Dios no mira,
En abismos de mal
Al fin espira;
Mas del justo que vive en su PRESENCIA,
Recta, noble y feliz es la existencia.»

La Ventanera (fáb. xiv) dice así:

Era hermosa mujer la doña Juana
Y de mucho caudal; pero tenía
El achaque, el desbarro, la manía
De estar siempre asomada á la ventana.
Cuanto ocurre en la casa más lejana
No se esconde á su atenta policía;
Mas con esto la pobre no sabía
Lo que pasa en la suya, tan cercana.
Todo en ella es desórdenes y olvidos;
En fuerza de lo cual, á competencia,
Le robaban sus bienes más queridos.
Luego el alma que pasa su existencia
Asomada al balcon de los sentidos
Recoja esta leccion de la experiencia.

Con razon, como veis, llama el autor á sus fábulas *ascéticas;* lo son sin duda, y asimismo morales. Ni ¿cómo podrian llegar á lo uno sin abundar en lo otro? Pero son ascéticas con aquel ascetismo que hizo á Hojeda poeta épico,

que levantó á Calderon hasta el trono de la poesía dramática, y que constituye á Fray Luis de Leon en príncipe de nuestros líricos. Son ascéticas en cuanto, inspiradas por Dios, de cuyo soberano sol procede la luz de toda inteligencia, tienden á devolverle lo que de Él reciben, y procuran poéticamente aumentar con la palabra humana el esplendor de la verdad divina.

No tema nadie, sin embargo, adquirir con su lectura aquel espíritu mezquino, aquella devocion rezadora que consiste en desgastar sin fruto las cuentas de un rosario, ó repetir con los labios las oraciones que el corazon no acompaña. Estos tales encuentran su retrato en las siguientes redondillas, con que quiero despedirme:

FÁBULA XXI (lib. II).

Érase un loro maldito,
Que se gloriaba de santo,
Porque siempre era su canto
El Santo-Dios y el Bendito.
«¡Calle el necio y no eche plantas!
(Dijo un grillo). ¡No te alabes!
Pues si cantas lo que sabes,
Nunca sabes lo que cantas.»
Y tuvo razon el bicho;
Y áun sus tiros se enderezan
A esos que rezan y rezan
Sin saber lo que se han dicho.
Pues la cristiana oracion
Jamás se remonta al cielo,
Si no le prestan su vuelo
La mente y el corazon.

Lo mismo, Señores, sucede con la poesía.

HE DICHO.